

El Dr. Le Benard

de [Hugo Cuccarese](#)

Nombre Jean Jean-François Le Benard

Nacimiento 9 de septiembre de 1899,
Buenos Aires (Argentina)

Fallecimiento ¿? de marzo de 1944 (45 años)
Auschwitz (Alemania)

Nacionalidad argentino nacionalizado francés.

Alma máter Liceo Condorcet y Universidad de París (*La Sorbonne*)

Ocupación Filólogo, criptógrafo, escritor, filósofo, poeta, enólogo, ocultista, crítico literario, pintor, esgrimista, humanista y agente secreto. También hablaba nueve idiomas.

Obras notables La Ciencia de la Lektología; Los tigres son azules; El espanto, el amor y la nada; Hitler; la otra cara de Jesús; La Historia universal de Sonambulismo, entre otros títulos.

Movimientos Escuela Lektográfica de Francia

Conocido por desarrollar un revolucionario método de desciframiento que denominó "Ciencia de la Lektología". También por descifrar los extraños pictogramas tallados en un antiguo fósil encontrado en 1899 en la provincia de Anchiang, China, conocido como "hueso de dragón".

Género Ensayo, crítica literaria, filosofía, ficción.

Padres Ferdinand Le Benard y Marie Fóscari

Influido por Anaximandro, Heráclito, Platón, Chuáng Tzu, Sun Tzu, Li Po, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Cantor, Freud, H. Hesse, Heidegger.

Influyó a, R. Barthes, Lyotard, Baudrillard, J. Derrida, y G. Agamben.

Período Siglo XX.

Jean Jean-François Le Benard es un personaje literario creado en 2005 por el escritor y psicoanalista argentino Hugo Cuccarese que se destaca por su

inteligencia, su erudición en lenguas antiguas y sus increíbles dotes para el arte de la decodificación. El Dr. Le Benard, como se lo conoce, es un afamado criptógrafo y espía francoargentino de ficción, protagonista de una historia novelada ubicada en la Francia de Vichy en fechas de la Segunda Guerra Mundial. El autor logra desentrañar la increíble vida del erudito francés en una trilogía compuesta por El sueño del cuco; Una plegaria para el Dr. Le Benard y El pasajero de la lluvia.

Sobre Jean Le Benard

Jean Le Benard (1899 - 1944) es presentado como un famoso intelectual y extravagante *von vivant* francés del siglo XX. Fue un investigador apasionado, un excéntrico seductor, amante de las mujeres y la buena vida. Se destacó como filólogo, ensayista, poeta y héroe de la Resistencia francesa. Escribió libros, pintó cuadros, hizo cortos publicitarios y hasta tuvo una participación en una película de gánster. Es el criptógrafo indescifrable, con sus luchas y dilemas, que deja tras sus pasos la estela de una vida de película. Un personaje atrapante, complejo, oscuro, que rompe con los estereotipos de los héroes en las novelas de intrigas.

El autor lo describe como un hombre genial, arbitrario y excéntrico. Su vida despertó polémicas y escándalo. De no ser por una organización nazi-fascista que sabotó sus escritos y todo lo concerniente a su vida personal, durante la Francia ocupada su pensar podría haber iluminado el fin del siglo XX.

El pensamiento del Dr. Le Benard siempre fue un misterio por descubrir, se puede ver en ese entramado de ideas que dieron forma a su legendaria Ciencia de la Lektología. El notable autor francés Théophile Dupré, quien fue su gran amigo y secretario, dijo sobre ella:

“Como en aquella época Le Benard estaba empapado de filosofía heideggeriana, nietzscheriana y schopenhaueriana del Ser y del Hombre que conjugaba con la poesía de los antiguos chinos; y como además era un enamorado de las obras de Van Gogh, Artaud y Rodin; y era un fiel seguidor de los conceptos freudianos del novedoso descubrimiento del Inconsciente y, como, por otro lado, él mismo era un aficionado a las teorías de Einstein sobre el tiempo y el espacio, la obra que podía surgir de ese insondable entramado de discursos era, por necesidad, un misterio”.



“El Criptógrafo Indescifrable”.
Una obra del eximio retratista
Reginald Grenville Evas

Jean Jean–François Le Benard (1899-1944), Retrato del distinguido pensador, criptógrafo y espiritualista francés, sentado, de media longitud.
(Óleo sobre lienzo, firmado y fechado en 1938 anverso, reverso titulado “El criptógrafo indescifrable”, aproximadamente 59,5cm x 49cm, dentro de una madera con marco).

La pintura muestra al excéntrico *von vivant* ataviado en su fino y elegante traje blanco cortado a medida, con una camisa de cuello alto, con su característico pañuelo de seda azul y guantes en el mismo tono, con la chaqueta color caoba y su vistoso bastón. El doctor también combinaba su llamativo traje blanco con un lánguido sombrero de ala ancha –también blanco- haciéndole juego, con el aro de plata sobre la base del casco y esa flameante pluma de Ibis, de rampantes destellos dorados y cobrizos, que dotaba a su persona con ese magnetismo exótico y sensual. También solía lucir su larguísimo pañuelo de seda azul, el que llevaba arrollado al cuello, dejando caer majestuosamente una sus puntas sobre la pechera blanca del saco, como una especie de banda albiceleste o una bandera argentina con sus colores invertidos, honrando seguramente la memoria de esos primeros años que vivió en Argentina.

El genio de ojos azules

El apuesto “Dr. bellos ojos”, como lo llamaron cuando alcanzó gran popularidad, triunfó en el mundo de las lenguas antiguas con sus ojazos azules, su pelo rojizo y su inconfundible nariz griega, con un tabique nasal de proporciones tan perfectas

que cuando el pintor Reginald Grenville Evas dejó su imagen impresa en un lienzo también retrató la ilusión de perfección que siempre quiso dar. Se dice que la intensidad y transparencia de sus brillantes ojos azules solo podía encontrarse en el azul de los vitrales de la catedral de Chartres.

El mismo Le Benard con respecto al color de sus ojos dijo alguna vez:

“Considero a Fullberto de Chartres con su magnífica y adelantada visión de la nueva catedral, y a sus famosos vitrales, como un claro ejemplo de su decisión y grandeza espiritual. En cuanto al uso de ese nuevo color en la paleta de los vidrieros –ese capricho conocido como ‘azul de Chartres’ con el que mis ojos interpretan el mundo- no lo veo como un signo de la originalidad del obispo para con su nueva catedral, sino como la visión de un hombre obsesionado con hacer posible lo que otros creían imposible”.

¿Quién es Jean Le Benard?

El Dr. Jean Le Benard es uno de los hombres más lúcidos y creativos de la filología moderna pero también uno de los más controvertidos y cuestionados pensadores del siglo XX. Su pensamiento acerca del lector fue revolucionario y su influencia sobre nuestra concepción de la lectura, como una forma de reescritura, inmensamente rica. Fue creador de la “Ciencia de la Lektología” y otras obras que permitieron redefinir el concepto de lectura en relación al sujeto que “se lee así mismo”.

Dice Le Benard en *L’acte lektologyque*:

“La escritura no es un adorno o algo que sirve simplemente para ser mirado; lo que se escribe siempre tiene la finalidad de ser leído. Por eso el lector es el que reescribe la obra del autor; el eterno reescribiente. Alguien escribe algo, pero como siempre hay un destinatario, es el lector el verdadero autor del texto que está leyendo. Por eso no existe otro lector que el que se lee a sí mismo”.

Por sus ideas asombrosamente vanguardistas sobre el uso de la lectura como una nueva forma de escritura le valió, y con igual intensidad, el reconocimiento y las críticas de sus pares.

Con la publicación de *La vida es escritura* el joven escritor alcanzó el renombre y la solvencia económica que siempre anheló. En su época de gloria vivió como un dandi y hasta llegó a codearse con la *crème de la crème* de la sociedad parisina. También frecuentó con igual asiduidad la vida nocturna, los cabarets y las señoritas de vida fácil, y hasta se le inventó amoríos clandestinos con actrices famosas y divas del espectáculo. Con el éxito de “Los Tigres son azules”, su obra más aclamada fuera del ámbito académico, conoció la fama y la riqueza. Fue tan rico que compró un castillo y vivió como un miembro de la realeza.

Su labor como espía

Francés de origen argentino, el hombre apasionado por el estudio de los textos antiguos fue sorprendido por un giro del destino que lo convirtió de repente en resistente francés, colaborando con la agencia clandestina británica *Special Operations Executive* (SOE) en la Segunda Guerra Mundial. Con sus conocimientos en criptografía y dotes para el arte de la decodificación trabajó como mensajero realizando actividades de espionaje contra la Alemania nazi, suministrando información sensible a las potencias del Eje. Su enorme ingenio y personalidad subyugante le permitió ayudar a cientos de judíos perseguidos a escapar de la Francia ocupada.

El Dr. Le Benard no solo fue un estudioso del lenguaje y la literatura de las culturas antiguas fue también un agente secreto y una figura prominente en la guerra de información secreta. Durante la ocupación nazi participó activamente con la Resistencia llevando a cabo tareas de inteligencia, sabotaje y desinformación. Como criptógrafo-espía tuvo un papel preponderante en la guerra de mensajes codificados, sin embargo hubo quienes levantaron un manto de sospechas sobre su forma de hacer espionaje y robar información.

Jean Le Benard era un seductor nato. Un hombre inteligente, atractivo y con gran personalidad. Era un zorro con piel de criptógrafo, un embustero profesional que supo utilizar sus encantos para ganarse la confianza de los alemanes. Con su astucia, carisma y gran magnetismo consiguió despertar la admiración de los nazis ganándose prontamente el mote de “amigo de Alemania”.

Su dominio en el arte del engaño estratégico era brillante, excepcional, pero también esa misma habilidad fue la que lo volvió vulnerable, inverosímil. La pantalla que creó para manipular a los nazis era tan convincente que no tardó en despertar suspicacias entre sus propios camaradas. De repente la credibilidad del engañoso agente terminó por los suelos y se levantaron múltiples debates sobre su sonrisa felina y seductora apariencia, a tal punto que muchos empezaron a creer que sus actividades de espionaje eran digitadas desde el gobierno de Vichy por Philippe Pétain y Pierre Laval.

Su cuestionada actividad como doble agente se volvió polémica y dejó a la resistencia francesa prácticamente dividida sobre si su amistad con los nazis era una fachada o en verdad sentía por ellos una real simpatía. De pronto el maestro del engaño quedó atrapado en su propio juego de enredos y mentiras y su falsa amistad con los alemanes –que para él era solo una actuación- fue para los líderes de la Resistencia la prueba incontestable de que su mejor agente era en verdad un fascista que actuaba como colaboracionista delante de sus propias narices. Tal vez el Dr. Le Benard se hubiera convertido en uno de los resistentes más aclamados de Francia, tan célebre como Jean Moulin, de no ser por esa infame acusación que lo dejó fuera de juego. Los franceses lo acusaron de traidor y querían condenarlo a muerte por fusilamiento pero los agentes de la Gestapo se adelantaron y, al descubrirse su labor como espía, lo torturaron y lo enviaron a un campo de exterminio.

Así terminó sus días el difamado maestro del espionaje, con su nombre pisoteado y su imagen corrompida y sepultada en el olvido. Sin embargo, investigaciones

posteriores rebelaron otra historia. Dentro del relato de ficción, hay algunos especialistas que sospechan que el zorro disfrazado de traductor consiguió escapar del campo de concentración y ocultarse en Sudamérica.

Un personaje excéntrico y controvertido

Adolf Hitler era un ferviente admirador de la música de Wagner. Sus principales dramas musicales se utilizaron como símbolo del heroísmo nacional alemán convirtiéndose en la preferida de la época hitleriana, sobre todo durante las grandes concentraciones del nazismo. En un comienzo su poder casi místico, embriagador de los sentidos, ejerció sobre Le Benard un gran poder de seducción, pero aun así su fascinación con la música de Wagner no duraría mucho tiempo, fue solo hasta que pudo abrir los ojos y comprender la utilización que hacían de ella los alemanes para hacer propaganda antisemita y exaltar el culto a la idea del “alma aria”. A pesar de ello su creador cuenta que ya asentado en el pináculo de su carrera, en su época más esplendorosa, en un arrebato de lujo y excentricidad, el intelectual más incomprendido y “delirante” que dio los años ‘30 mandó edificar en las afueras de París su famoso “*Lebenardaum*” tal como había construido su *Neuschwanstein* Luis II de Baviera, el llamado “rey loco”. Muchos biógrafos calificaron ese capricho “típicamente lebenardiano” como un sueño wagneriano hecho realidad.

En palabras del autor:

“Comprender el pensamiento lebenardiano es adentrarse en las opacidades de la locura errante que existe en el pensamiento esquizoide –mal llamado racional- del hombre posmoderno”.

El criptógrafo que se convirtió en espía

El Dr. Jean Le Benard no sólo era un maestro en el arte de leer y decodificar mensajes encriptados también demostró ser el espía perfecto. Con el tiempo se vio obligado a convertirse en “el hombre de las dos caras” para enmascarar sus verdaderos intereses. Un hombre de letras destinado por esas vueltas del azar –o del destino- a crear con su trabajo de contraespionaje la oportunidad ideal para emboscar a los nazis.

Además de ser un criptógrafo brillante fue también un gran embaucador, con su sonrisa asendereada y misteriosa era capaz de confundir a su propia imagen delante del espejo. El hombre que sabía cómo seducir a las mujeres con sus sensuales labios de hilo ahora ponía su cretina sonrisa leonardina al servicio del espionaje.

¿Admirador del pensamiento nazi?

En Una plegaria para el Dr. Le Benard se lee:

Pronto sus amigos y colegas comenzaron a pensar que probablemente el letrado había sido seducido por la idea de una Europa unificada bajo el nepotismo de un dirigente dominante. Eso fue a partir de una carta interceptada por error, para esas fechas, donde queda al descubierto la empatía que tenía Le_Benard por el nazismo. En la carta enviada a su padre en Lisboa, con fecha del 20 de enero de 1930, se puede ver hasta qué punto el pensamiento heideggeriano influyó en la construcción de su ideología política.

Padre, aquí todos saben que nuestra amada Europa está pasando por una profunda crisis política, económica y espiritual pero solo un puñado de nosotros, los que seguimos a punta de lanza el pensamiento del maestro Heidegger, sabemos que el Nacionalsocialismo es la única fuerza que puede hacerla resurgir de su letargo. Confiemos en él.

En ese momento nadie alcanzó a vislumbrar la ambigüedad que subyacía en su posición ideológica. Por un lado estaba el amor que tenía por su amada Francia, que era incuestionable, innegociable, y por otro estaba la creencia en la reestructuración de Europa en manos de un dirigente poderoso. Así como pasó con la destrucción del Imperio Romano por los vándalos germanos en el siglo V. d. de C. que trajo renovados bríos a un imperio decadente, creando una nueva Europa, el héroe de la Lektología pensaba que la muerte de Francia a manos de los alemanes nazis significaría, también, un paso fundamental para su posterior resurgimiento. Pero aun así el Dr. Le Benard no siempre estuvo dispuesto a seguir en forma incondicional la ideología nazi como sí se sabe que hicieron muchos de sus colegas y amigos.

En aquellos tiempos, influenciado fuertemente por el pensamiento de su amigo Heidegger, el Dr. Le Benard sostenía que el ser del crimen perfecto era el parecer no-ser. Pero los nazis cometían sus crímenes abiertamente, sin preocuparse por el ser o la apariencia. Bajo esta perspectiva, Le Benard sabía que los nazis eran auténticos –¡auténticos criminales!- y lo demostraban en cada uno de sus actos aberrantes por una razón muy sencilla: ellos eran lo que parecían ser: asesinos. Asesinos despiadados. Pese a ello, el letrado francés pasó muchos años convencido de que el nacionalsocialismo venía a rescatar a Europa de las garras de la decadencia y cuando el horror del holocausto racista salió a la luz, todos los intelectuales europeos –incluido él mismo- comenzaron a abrirse del movimiento nazi. Todos se apartaron en aquel momento. Todos excepto Heidegger, el gran Heidegger, que por mucho tiempo más sostendría su secreta admiración hacia la figura del führer.

En otra parte del relato se explica:

Heidegger estaba tan fascinado con el estilo militar y el ruido de las botas que cuando sale a la luz la ideología racista que había en el seno del régimen totalitario, Le Benard le dice:

—Martín, el alemán es un soñador incorregible que identifica la grandeza con el deseo de lo irrealizable, pero tú eres diferente. Tú sabes que el nacionalsocialismo es una farsa. ¿Qué hace tu Dasein anclado ahí?

Una controversia llamada Le Benard

Estudios recientes realizados sobre esta controversia creada por el escritor y psicoanalista Hugo Cuccarese, sugieren que el protagonista de la famosa trilogía habría sido creado como el alter ego de una persona real, un destacado pensador y espía francés que vivió durante la primera mitad del siglo XX.

Sobre el mundo perdido del Dr. Le Benard, uno de los agentes más importantes para Francia durante la Ocupación se han escrito copiosos volúmenes, pero el misterio de este polémico letrado, devenido en espía, conocido en el floreciente París de los años 20 y 30 y desterrado de su prolífica obra y hasta de su propia vida para ser confinado en las entrañas de un campo de concentración alemán se ha diseminado ya por todo el mundo. Y la pregunta es: ¿Qué hay detrás de esa supuesta secta nazifascista que perpetró su desaparición del mundo de las luces? ¿A qué intereses ideológicos, políticos y financieros respondían los agentes responsables de semejante conspiración? O mejor aún: ¿Existió realmente una confabulación secreta que promovió su destierro literario? ¿Le Benard sabía de la existencia de esa organización que trabajaba activamente en su contra? Y lo más importante: ¿Qué se consiguió con la desaparición del famoso criptógrafo?

¿Existió realmente el Dr. Le Benard?

El creador del criptógrafo-espía más desconocido de la historia ha incursionado también en las redes sociales con la construcción de una página web llamada “Jean Le Benard en Español”^{1**}. Allí sube material inédito del personaje con el propósito difundir la saga de libros que lo tienen de protagonista. Sin embargo, hay seguidores de su obra que sostienen otra cosa. Se sospecha que el autor ha creado ese espacio en la web no para promocionar su literatura de ficción sino para revelar al público la verdadera historia del Dr. Le Benard, dando a conocer información reservada que el gobierno de Francia ocultó celosamente por más de ochenta años.



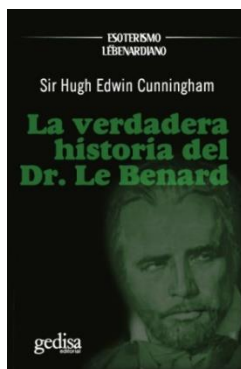
Sobre la base de algunos documentos que el gobierno francés desclasificó recientemente surge una controversia que aún no tiene respuesta: ¿Jean Le Benard es un personaje de ficción o una persona que existió realmente? Nadie hubiera pensado que el tiempo daría la razón a una conjetura largamente sostenida por los lectores del oscuro personaje.

Los años noventa serían decisivos para la comprensión de este dilema. Al cumplirse cincuenta años de los trágicos sucesos que llevaron a la desaparición física de Jean Le Benard, el gobierno de Francia solicitó a los Servicios de Inteligencia la realización de nuevos estudios sobre la ocupación alemana y una exhaustiva revisión de los archivos secretos y sus principales agentes. Para la realización de la tarea fue seleccionado un equipo de prestigiosos historiadores parisinos. Los resultados arrojados por la investigación historiográfica dieron que hablar, especialmente por el hallazgo de un material inédito sorprendente descubierto por pura casualidad. Se trataba de una documentación real que podía arrojar luz sobre el debate del enigmático espía. Los científicos aseguraban haber encontrado documentos relacionados con varios agentes de identidad reservada que colaboraron con la Resistencia (cuya autenticidad habría sido verificada) donde figuraba un agente secreto con el alias de “Tigre azul”, una inconfundible alusión al Dr. Le Benard.

Hubert Marchant, un erudito e investigador del Fenómeno Le Benard, expuso en su ensayo *La mort suspecte de l'histoire* (La muerte más dudosa de la historia) **1-** la documentación descubierta a fines de los noventa por los investigadores parisinos que demostraba la supuesta existencia del erudito francés como una persona física.

Durante los años ´90, Marchant estuvo vinculado al Deuxieme Bureau (como la KGB o la CIA) una la rama del Servicio Secreto Francés. La Asociación Internacional de Estudios Lebenardianos (A.I.E.L), de la que era miembro honorario, contaba con una abundante bibliografía de la época del doctor y una documentación real proveniente de la desclasificación de archivos del gobierno de Francia y Alemania que llevaba la inscripción en alemán “JEHIME REICHSSAJE” (Secreto de Estado). Muchos de los documentos que relacionaban al cuestionado criptógrafo con los nazis (y que demostraban su posterior traslado a los campos de exterminio durante el Holocausto) se encontraban rotulados con la firma del juez Höne y expropiados del juzgado de *Amtsgericht-Pankow* de Berlín, y otros con el sello del “THE NATIONAL ARCHIVES OF THE UNITED STATE”.

A este hallazgo divulgado por Hubert Marchant se sumó otro recopilado diez años después por Jacques Bellamy, un historiador y estudioso del caso Le Benard en su obra *L'histoire de la cryptographe traître* **2-**, que corroboraba esta información descubierta. Bellamy cita allí las cartas del Dr. Le Benard publicadas a fines de los años cincuenta por Florian Berger, un investigador aficionado, en sus *Épîtres Lebenardienne* **3-** halladas tras la muerte de Laurent Le Goff, un reconocido editor y escritor marsellés (quién Cuccarese menciona como amigo y albacea testamentario de la obra de Le Benard) como prueba de su existencia. Se trata de unas cartas y notas, cargadas de un eufórico pesimismo, donde el perturbado letrado, inmerso en sus actividades de espionaje, le habría enviado a su confidente amigo Le Goff durante los años más oscuros de la ocupación en París. La teoría de Bellamy difundida por el diario *Le Mond* era que el criptógrafo-espía, convertido hoy en un personaje de novela, fue una persona real. Sin embargo, a pesar de que el propio autor ha mencionado en reiteradas ocasiones que Jean Le Benard “no existe”, que es una “historia inventada”, hay infinidad de seguidores convencidos de que la historia del criptógrafo-espía es verídica y que fue convertida en ficción con motivos puramente lucrativos. Aun así, los lectores del doctor saben que Bellamy no fue el primero en afirmar su existencia. Sir Hugh Edwin Cunningham fue un autor, ocultista y médico inglés, apasionado estudioso del personaje **1***. En su libro *The true story of Dr. Le Benard*, traducido como “La verdadera historia del Dr. Le Benard” **4-**, Cunningham describe con asombrosa rigurosidad la confabulación de la que habría sido objeto el espía francés, las falsas acusaciones de sus camaradas y los acontecimientos que pusieron al descubierto su pantalla ante los nazis y que desencadenaron su trágico final en un campo de exterminio.

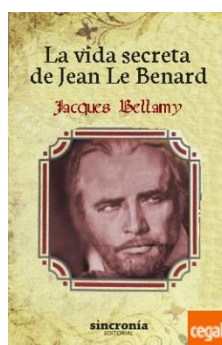


Portada de
la 1ª edición en español de
*La verdadera historia del
Dr. Le Benard* (2008).

En el año 1999 y basándose en los datos aportados por las investigaciones de Cunningham, Jacques Bellamy explora en *La vie secrète de jean Le Benard*, **5-** otra obra de gran importancia, la trama secreta que existió entre un funcionario del gobierno francés y el escritor argentino que lo volvió a la vida en las páginas de un

libro de ficción. Bellamy insiste en que el hombre que enseñó al mundo a leer –a leerse a sí mismo- no es un personaje ni una leyenda salida de la imaginación de Hugo Cuccarese sino un individuo que sufrió en carne propia el escarnio de una cofradía que le robó la identidad y lo convirtió en un fantasma.

En el capítulo VII: Tras las huellas del Dr. Bellos ojos de La vida secreta de Jean Le Benard **2***, Bellamy sostiene que los agentes de la Inteligencia británica para los que realizaba tareas de espionaje a favor de los aliados fueron los mismos que, en connivencia con funcionarios opositores al gobierno de Vichy, lo acusaron de traidor y perpetraron su desaparición borrando del mapa toda huella de su existencia física.



*La vida secreta
de Jean Le Benard,*
(2015) de **Jacques Bellamy**

J. Bellamy asegura que hubo un encuentro clandestino entre el escritor argentino y gente muy poderosa con contactos en la política de Francia, y un contrato millonario para dar a conocer la verdadera historia de Le Benard como si fuera un personaje ficticio. Existen pruebas y muchos intereses creados en torno a la historia silenciada del criptógrafo francés. De pronto hubo agentes de la Resistencia que creyeron que Le Benard era un traidor y quienes afirmaban que era todo una confusión, debido a la efectividad de su pantalla estratégica. Al parecer, la amistad que el espía tejó con altos jerarcas del nazismo para obtener de ellos información valiosa fue utilizada después para acusarlo de colaboracionista.

A la luz de estos detalles históricos, por demás escabrosos, dos funcionarios del gobierno de Francia con órdenes explícitas de limpiar el desastre que hicieron con uno de sus mejores agentes, habría autorizado al escritor argentino a publicar los documentos secretos recién descubiertos, pero bajo la forma de novela. Las autoridades del Servicio Secreto acordaron con H. Cuccarese, como parte del trato, que contara las opacidades de su trágica historia pero bajo un manto de ficción. El objetivo, difundir la verdad del caso sin manchar el nombre de los descendientes de aquellos resistentes que formaron parte del complot y que en la actualidad operan dentro del gobierno francés, ocupando cargos importantes en la política.

Los especialistas del caso afirman que la verosimilitud de la historia junto a ese “baño de realismo” que Cuccarese logró infundirle al personaje, que cautiva a lectores de todo el mundo, habrían sido confeccionadas sobre la base de fotografías, documentos y objetos de su pertenencia suministrados por los Servicios de Inteligencia. No obstante, a pesar de que el propio Cuccarese ha repetido en varias oportunidades que el Dr. Le Benard “no es una persona real” hay muchos lectores que se niegan a convalidar su posible carácter ficcional alegando que la cobertura literaria es la forma más efectiva de silenciar la verdad de Jean Le Benard, de ocultarla mientras se muestra. Se cree que el autor en complicidad con altos funcionarios europeos ideó la página web con la expresa orden de limpiar la imagen del gobierno. A todas luces se trata de una verdad incómoda para aquellos que formaron parte del contubernio que destruyó la vida del doctor y consiguió arrancarlo de los anales de la historia.

Los lectores más identificados con el famoso doctor sostienen las afirmaciones de Marchant, Bellamy y Cunningham, asegurando que no se trata de un personaje inventado sino de una persona de carne y huesos que fue discretamente asesinada y olvidada. Bajo este manto de sospecha, Jean Le Benard no sería sino un hombre como cualquiera de nosotros, atrapado en la forma de un fantasma que deambula silenciosamente por las páginas de una novela de intrigas. Pero la pregunta sigue en pie: ¿existió realmente una cofradía que puso fin a su vida e intentó borrarlo de la faz de la historia? Si fue así, ¿es posible que el escritor argentino lo hiciera renacer de las cenizas como el pájaro del mito con el fin de inmortalizarlo en el papel y alejar su existencia real de la realidad?

Sea como fuere, persona o personaje, los lectores lebenardianos nos hablan de un hombre inmensamente adelantado a su tiempo, con una mente brillante, avasallada por el peso de su propia genialidad. Un pensador lúcido pero atormentado por los mismos fantasmas que intentaba combatir a través de sus extravagantes escritos y postulaciones. Agobiado por la fuerza de su mismo pensamiento consiguió estremecer la mente religiosa de los intelectuales europeos con el advenimiento de la Gran Guerra, el orden moral, ético y psicológico en el que se había instaurado la relación del hombre con el mundo. En fin, Hugo Cuccarese nos revela en el personaje de Jean Le Benard a un intelectual obsesionado con la criptografía y el espionaje. Un pensador cautivante, rebelde y poderoso, cuyas extrañas postulaciones sobre el arte de “leerse a sí mismo” desafiaron en su época los límites de lo posible. Un hombre que dijo verdades políticamente incorrectas que jamás debió decir y por las que pagó el precio más alto, que no fue la muerte –como podría creerse-, sino el olvido. Incluso, algo mucho peor que el olvido: su propia existencia.

El final de un criptógrafo espía

Hubert Machant rescata las palabras de Doufó Delamarqué, un destacado biógrafo, dramaturgo y activista político [3*](#), cuando recuerda en su notable obra uno de los momentos más memorables de la historia reciente relacionada con la ausencia del controvertido Dr. Le Benard.

Dice Delamarqué:

“Las cenizas de cuatro héroes de la “Resistance” entraron hoy en la cripta del Panteón de París acompañados por una solemne ceremonia que fue oficiada por el presidente francés, François Hollande, frente al templo laico de la República. Cuatro héroes de la Resistencia francesa entraron al Panteón, presidido por un homenaje que rindió el presidente Hollande a las milicias que lucharon contra la ocupación nazi, y el Dr. Le Benard, también aquí, volvió a brillar por su ausencia”.

Los cuatro integrantes de la Resistencia que entraron al Panteón son:

Jean Zay (1904-1944), adalid del laicismo y la escuela pública, ministro de Educación del Frente Popular de Leon Blum, fue juzgado por “judío y desertor” por el régimen colaboracionista de Vichy, y asesinado a finales del conflicto.

Germaine Tillion (1907-2008), pasó dos años en el campo de exterminio nazi de Ravensbrück, en Alemania, donde su madre perdió la vida.

Geneviève de Gaulle-Anthonioz (1920-2002), sobrina del general Charles de Gaulle, también terminó en un campo de concentración por su actividad como agente del espionaje durante la Ocupación.

Pierre Brossolette (1903-1944), líder de la resistente y redactor jefe del diario clandestino “Resistance” tampoco sobrevivió al yugo nazi.

Jean Le Benard (1899-1944) traicionado en el París de 1943 por el más letal de sus enemigos, el demente y nazifascista profesor Walter Günther von Leet, más conocido como “profesor Lethaurus”, un prestigioso paleontólogo alemán afiliado al régimen del führer quién lo hizo pasar dos años en el campo de exterminio de Ravensbrück, en Alemania, donde –según creen muchos de sus biógrafos- logró escapar con vida.

La actividad a la que se vio obligado a desarrollar el doctor Le Benard como agente del espionaje francés durante la Ocupación lo llevó a compartir cautiverio en Ravensbrück con Tillion y Gaulle-Anthonioz. Tras la Liberación, muchos amigos y colegas esperaban que el condenado literato fuera condecorado con la Gran Cruz de la Legión de honor francesa, pero jamás fue encontrado allí. Finalmente, un escuadrón norteamericano logró hallar un cadáver con una contextura y rasgos similares a los que tenía el doctor y durante muchos años se creyó que el cuerpo pertenecía al famoso criptógrafo.

Hoy los restos del Dr. Le Benard descansan en el cementerio de París aunque siga siendo consistente la teoría de que logró escapar con vida del campo de concentración. Aun así la historia que relata el misterio de su milagroso escape seguirá dando que hablar en los ámbitos donde los investigadores y biógrafos estudian el fenómeno Le Benard.

Antes de entrar en la cripta junto a los descendientes de las víctimas homenajeadas, el jefe del Estado pronunció las últimas palabras que darían cierre y sentido a la ceremonia del Panteón:

“Ocupad vuestro lugar, porque es el vuestro. Quizás algún día pueda el legendario Dr. Jean Le Benard entrar en la historia oficial y encontrar él también el lugar que le han arrebatado. Y quien sabe si al ocurrir esto, pueda hallar el descanso espiritual que se merece junto a la dignidad de ser leído en los libros de texto por las futuras generaciones”.

Su muerte

Finalmente el hombre que había sido conocido en el ámbito científico como *Benardhossaurus*, “el antecesor de los dinosaurios” (un apodo creado por él mismo para él mismo) como una manera de aferrarse a la inmortalidad de la que era dueño el legendario dragón, terminaba tristemente doblegado y con el ego sepultado bajo una losa de granito.



La tumba de Le Benard
en el cementerio
Père Lachaise de París.

Jean Le Benard nació en 1899, y se ha dado como año de su “muerte” oficial el 7 de 1944 (7 de Febrero). Pero, ¿había muerto en realidad el discutido criptógrafo francés? Laurent Le Goff, uno de sus mejores amigos y colegas dejó dicho –y de un modo similar a como se había afirmado sobre la muerte del misterioso conde Saint–Germain- que “su tumba no encerró jamás sino el vacío”. Se le vio después de su funeral en Francia en España, vagando por las calles de Madrid y luego en Italia, rondando por el puerto de Génova, donde se lo ha visto embarcarse en un enorme vapor con destino a Sudamérica.

El París de los años 20

La Europa de los años veinte era el lugar ideal para un pensador agudo y un escritor incipiente como él. París amaba a los franceses aficionados al teatro, la pintura y la literatura, y fueron ellos seguramente los primeros en desarrollar el arte moderno y el movimiento de la Contracultura. Le Benard se sumergió en ese mundo apasionante, colmado de belleza y posibilidades, y se unió a un grupo de escritores, artistas y poetas que compartían los mismos intereses. Se reunían todos los viernes en el atelier de uno de ellos, que era un gran pintor, y le llamaban: “Viernes: las reuniones de los santos bebedores”. Sus apostólicas tertulias duraban hasta altas horas de la madrugada y para la cena nunca faltaban los platillos deliciosos y el brebaje de los dioses, el mejor de todos y el preferido de muchos: el Château Petrus. Se llamaban a sí mismos “Los mosqueteros de las tintas y de los tintos” (dada la afición que compartían todos por la literatura, la enología y la esgrima). Animados por sus nuevos amigos, Le Benard dejó la novela y el cuento y comenzó a escribir sobre lo que era para él el tema de su vida: el arte de leerse a sí mismo.

La gente de ese París de 1920 ya utilizaba las máquinas de escribir, y si bien él todavía seguía atesorando la “Ford” de 1895 de su tío François, con su rejilla de cobre bellamente labrada aun le encantaba escribir con plumillas de acero. Su preferida era una vistosa pluma de Ibis que le trajo su tío Archie de Egipto. Era hermosa, liviana y cuando escribía en la soledad de su cuarto despuntaba sobre las paredes, con la luz de la lámpara, destellos dorados y cobrizos.

Conoce al coronel Turcotte

Para 1924, Le Benard conoce a quien sería en su amigo y confidente de aventuras, el encantador y siempre querible gigantón coronel Turcotte, un as de la aviación francesa que sirvió como piloto de combate durante la I Guerra Mundial. El veterano piloto era un francés grandote, con un elegante y bien cuidado *moustache*, simpático y fumador. Con su destreza, valentía y su aire bonachón logró mezclar su amor por los aviones con su afición por ayudar a los sujetos que estaban en problemas.

Una vez, luego de una lujuriosa noche de alcohol y mujeres, mientras una despechada señorita corría alrededor del hangar con una cuchilla, el joven desalineado y de pocas ropas se introdujo sigilosamente en el cobertizo de la Fuerza Aérea y se ocultó debajo del ala de un caza de guerra. El aeroplano estaba armado con dos ametralladoras sincronizadas unidas en una torreta detrás del piloto y cuando el melindroso mujeriego vio la calavera sobre dos huesos cruzados pintada en ambos lados del avión pensó que era el escondite perfecto para ocultar a un “calavera” como él. En el afán de salvar su pellejo, trepó por una de las alas y se deslizó hasta la cabina del viejo bimotor sin saber qué el hombre que estaba limpiando las aspas del avión ya lo había descubierto.

—¡Ey, pichón! —Exclamó alegremente—. ¿Problemas con las nenas?

—Shhh —susurró el muchacho—. ¡Cierre esa bocota, idiota! Le regalo mi Alfa Romeo de seis cilindros descapotable si le dice a esa desquiciada que jamás me ha visto por aquí.

El simpático grandulón rió cándidamente y contestó:

—Haré algo mejor que eso: lo sacaré de aquí.

Fue así que lloviendo, con temporal y con el cielo encapotado y negro como la noche escaparon en el avión de combate dejando atrás el amargo recuerdo de una graciosa anécdota que pudo llegar a ser fatal.

Para esas fechas Le Benard era un joven libertino muy impertinente que vivía en las nubes y encontró en ese gigantón apacible, experimentado y lleno de bondad la persona ideal para bajarlo a tierra. En aquellos tiempos sus amigos lo llamaban “el poeta de la noche”, pues Le Benard llevaba una vida disoluta y cargada de excesos. Pero el coronel Turcotte, con su proverbial prudencia y ese aire adusto y sensato que tenían los hombres que habían ido a la guerra, consiguió hacer con él lo que nadie había logrado jamás: que recobrara la cordura. El coronel se convirtió en un amigo fiel y con el tiempo le diseñó nuevas alas y le enseñó a volar. Le enseñó “El vuelo del Dragón”.

Klarissa A. Turcotte, la esposa del coronel Turcotte, publicó tras la muerte de su esposo sus memorias en una obra que tituló Encuentros con hombres geniales.**6-**. En un apartado puede leerse una descripción que hace de él:

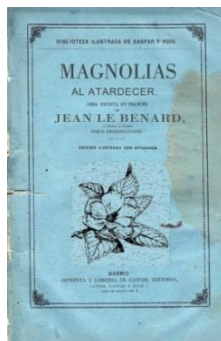
“El coronel no solo era un piloto experimentado también era un gran contador de anécdotas, casi todas sobre su participación en la Primera Guerra. Con gran solemnidad y dramatismo contaba siempre la misma historia, que era su caballo de batalla, la historia de cómo una vez logró eludir las ametralladoras del Barón Rojo con su Salmson 2s, en una persecución de baja velocidad mientras realizaba al amanecer tareas de reconocimiento. También solía acreditarse el derribo de innumerables aviones enemigos, imposibles de cifrar, ya que cada vez que relataba la historia le agregaba un número más a su lista”.

Quería ser novelista

Para 1925 el joven e inquieto Le Benard quería ser novelista. Quería escribir novelas. Grandes novelas. Quería alejarse un poco de lo racional y la construcción intelectual y escribir novelas de amor con historias que tuvieran que ver con el corazón, pero no novelas rosas de tono fácil y superficial. Su fuerte eran las letras y dedicó su vida al campo de la filología, aunque también era un adolescente temperamental y enamorado que quería descubrir el alma femenina.

Naturalmente su falta de expertiz con el sexo opuesto era evidente, condición que lo llevó bucear con la imaginación en las profundidades del alma humana, y en la literatura encontró el ámbito ideal para poder hacerlo. En aquel entonces su erotismo se hallaba a flor de piel y su insufrible timidez lo hizo vivir atormentado por la llegada de un amor que nunca golpeó su puerta, por eso sus relaciones amorosas eran casi siempre fallidas o platónicas. Le Benard amaba amar. Su ambición era conocer el verdadero amor, pero su incapacidad para relacionarse

con las mujeres fue algo que lo motivó a escribir con lujurioso desenfreno. Fue así que provisto de una potente y febril imaginación y una habilidad fascinante para la narrativa supo crear de la nada un ardiente jardín de fantasías, un valle de odios y pasiones clandestinas en una novela de gran porte que tituló: *Les magnolias sont éternels* (Las magnolias son eternas). La obra pasa por ser autobiográfica ya que habla de los amores que se marchitan por no saber amar. El día que encontró editor decidió que su destino como literato sería brillante, arrollador. Existe un clásico bilingüe que se tradujo al español con el nombre “Magnolias al atardecer”.



**Magnolias al atardecer
de Jean Le Benard.**

Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig.

Artaud y los cuervos de Van Gogh

Uno de esos artistas que pertenecía al grupo de “los tres mosqueteros” era Antonin Artaud. El singular poeta y dramaturgo se había establecido en París después de haberse recuperado de su internación a los 16 años debido a desequilibrios mentales. Mientras Artaud escribe sus primeros poemas y se dedica con éxito a la actuación en el teatro y el cine, traba amistad con el joven Le Benard, un apasionado estudiante de lenguas clásicas y ciencias naturales, que por entonces se encontraba sumergido en la corriente del impresionismo parisino. Años después, Artaud adhiere al surrealismo y empieza a publicar sus primeras obras, entre las que se encuentran *El ombligo* y *El Pesa-Nervios*. En sus memorias, Le Benard nos informa que durante la fundación del Teatro Alfred Jarry, el que fuera reemplazado más tarde por el Teatro de la Crueldad, Artaud le cuenta sus ganas de escribir sobre la obra de Van Gogh, y le explica lo que él ya vislumbraba en “las negras grietas de sus trazos”. El escritor y poeta sostenía que Van Gogh había “elegido” el camino de la locura y que eran los psiquiatras (especialmente el Dr. Garche) quienes pretendían opacar la lucidez de su genio. Artaud se había obsesionado con su última pintura paisajista, *Los cuervos sobre el trigal*, obra que analizó minuciosamente. Su teoría no era descabellada y en una tarde, en el transcurso de un café, logra convencer a Le Benard de que en esas “furiosas pinceladas azules” (con las que Van Gogh le había dado vida al cielo tormentoso y amenazador) estaba encerrado el secreto de su locura.

La influencia de Artaud fue decisiva para el joven letrado, especialmente en la construcción de su pensamiento irracional y esas ideas obsesivas con las que se vio desbordado en sus posteriores delirios. Le Benard tomó la propuesta de su amigo y llevó su mirada hacia el suntuoso plumaje de los cuervos. Él mismo había visto surgir algo desde lo alto, durante los preparativos de la tormenta y como una suerte de desesperación. Era como un grito silencioso. Pues sí. En el suntuoso plumaje de los pájaros Le Benard vio la forma en que el inconsciente del pintor pedía ayuda psíquica y espiritual. Él supo leer en el aleteo de los pájaros la “*aletheia*” del pintor, es decir, “la verdad” que pedía a gritos ser escuchada. La locura de Van Gogh cobró vida en las brumosas alas de los cuervos y esas vibrantes pinceladas que usó para expresar su soledad, su angustia y la exasperación que significaba para él saber que la muerte estaba ahí, sobre su cabeza, danzando amenazantemente. Los cuervos sobrevolando en los cielos de su tormentoso pensamiento y los caminos divergentes, angustiantes, sin salida, sugerían la presencia de algo que no podía ser dicho con palabras. Lo expresó el mismo Vincent en una carta dirigida a Theo y Jo:

“Estos lienzos les dirán lo que no puedo expresar con palabras, lo que considero saludable y reconfortante del campo”.

El Trigo con cuervos es para el artista neerlandés un viaje emocional cargado de tristeza y pesimismo, en cuanto a que retrata la verdad de un profundo temor, que es el temor a la muerte. El mismo Van Gogh sabe que algo dentro de él está a punto de colapsar, se ve en esa sensación de aislamiento, de opresión, de ahogo y desánimo que plasma en los cuervos acechantes volando hacia el cielo tenebroso como si alguien realizara un disparo. Así decide retratar el artista su impotencia ante la llegada de algo que no puede detener, pues en los campos de trigo hay caminos que desembocan en la nada, es decir, en su inminente final. Esa obra fue su epitafio. La obra maestra donde el abrumado artista logró atrapar en el lienzo un pedazo de su locura.

Se dice que días después de acabar la pintura, un 27 de Julio de 1890, Van Gogh sale a caminar por un campo similar al que había retratado, y en ese mismo camino se dispara un tiro con un pequeño revólver de bolsillo que pertenecía a su casero de Auvers, y muere al cabo de dos días.

El Campo de trigo con cuervos fue para el perturbado pintor de pelo rojo un cuadro profético. El artista amaba la belleza del paisaje de Auvers, con ese trigo misteriosamente luminoso, y con esta pintura impactante consiguió transferir su locura a Artaud (el espectador). Le Benard descubrió que su aterrado amigo también escapaba de los cuervos, que a su vez escapaban de una tormenta a punto de estallar. Artaud vio algo siniestro en la escena de los pájaros pintados impulsivamente con pinceladas gruesas, negras y punzantes sobre el cielo turbulento, agitado por fuerzas extrañas, y la interpretó simplemente como eso: como una amenaza; como una sofocación.

La obsesión que tenía Artaud por ese cuadro y esa atmósfera lúgubre, llena de nostalgia y soledad con la que el artista había impregnado a su pintura, le hizo pensar a Le Benard que su extraviado amigo también estaba coqueteando inconscientemente con la muerte. La soberbia composición pictórica de aquellos

cielos oscuros e insondables enloqueció a Artaud tanto como a Van Gogh, y Benard creyó descifrar en los desvaríos de su querido amigo las huellas de un funesto presagio. Y por cierto, no se equivocó. Exactamente eso fue lo que anunció Le Benard y escribió en sus memorias: el suicidio de Artaud dos días después.

Para el lector lebenardiano tanto como para el frágil poeta esta pintura de Van Gogh sería el paradigma de su permanente obsesión, con los pájaros y los cielos tormentosos, o como dijo Jean-Sebastien Baardson, el psiquiatra que estudió la mente de Le Benard, “con aquello que anunciaba la llegada de las lluvias” 4*.

El profesor Lethaurus

El prominente Dr. Le Benard tuvo muchos enemigos en su vida aunque nadie tan inteligente y perverso como el inefable profesor Walter Günther von Leet. El profesor Von Leet era co-director del museo de Paleontología de la Universidad “Ludwig-Maximilians”, en Múnich, Alemania. Como profesor era brillante, pero en extremo riguroso. Sus alumnos lo conocían por dos cosas: su pasión por los dinosaurios de la era Mesozoica y su mal genio. No había un solo estudiante que lo conociera y no lo admirara por su erudición y no lo aborreciera por su crueldad. Estudiar paleontología con el odioso profesor von Leet era una experiencia fascinante porque sabía todo sobre depredadores y hablaba de ellos con gran devoción, sin embargo había un detalle molesto y por demás agobiante: los estudiantes tenían que soportar sus arranques de ira cuando alguno de ellos confundía el Triásico con el Jurásico o el *Tyrannosaurus rex* con el *Spinosaurus*. Un día, el alumno que más sufría sus ataques de cólera, mientras cruzaba una clase de latín vio en un libro de mitología un retrato del dios Apis de los egipcios y recordó al insufrible profesor, que también tenía un cuerpo ancho, sólido y muy fuerte, semejante al de un toro. Compartió su asociación con sus compañeros y a partir de allí todos los alumnos de su clase comenzaron a llamarlo “*Taurus*” (El Toro). Así fue como el déspota profesor von Leet se ganó el apodo de “*Letaurus*” (Leet-Taurus). Cuando Le Benard se enteró del origen de su sobrenombre utilizó otros términos del griego latinizado para construir un perfil más ajustado a la forma en que él veía a su rival intelectual. Así que con el *Lethæ* (uno de los ríos del Hades) y el *Saurus* (lagarto) construye “*Lethaurus*” (el lagarto de los infiernos), una imagen mucho más cercana al semblante que tenía el abominable profesor cuando su carácter irascible desbordaba y en su gran cara cuadrada asomaban sus temibles y desparejos dientes de reptil.

En efecto, el destacado profesor von Leet resultó ser un “monstruo” igual que los nazis con los que se alió, quienes, a su vez, al descubrir su pasión por los reptiles fosilizados, también empezaron a llamarlo con el seudónimo inventado por el Dr. Le Benard: “Profesor Lethaurus”.

Le Benard se hace amigo de Gardel

El 30 de septiembre de 1928, en una función de beneficencia en el teatro Fémina en *Les Champs-Élysées*, Carlos Gardel debuta en París junto a sus tres guitarristas (Ricardo, Barbieri y Aguilar). Le Benard asiste a la gala y queda tan fascinado con la voz de Gardel y con el “tango argentino” que, entusiasmado por la certeza de haber hecho un gran descubrimiento, decide volver a verlo el 2 de octubre en el cabaré Florida, en Montmartre. Esta vez su deslumbramiento no tiene límites. El fraseo de Gardel y su habilidad para metamorfosearse en los personajes de sus canciones era algo nunca visto para el joven creador de la Lektología moderna. Un exhaustivo menú de letras sonaban en la noche parisina homenajeando a la ciudad luz como “Madame Yvonne”, “Anclao en París” o “Siempre París”, de los hermanos Expósito, al igual que “Francesita” o “Noches de Montmartre”. Cuando Gardel terminó su repertorio, la primera noche, el sonriente y elegante hombre que se sentaba en una de las mesas más cercanas al escenario fue hasta su camerino y se presentó amablemente como Jean Le Benard, filólogo y argentino. Su descarada arrogancia y su adorable atractivo de bon vivant dejaron al cantor criollo sumamente impresionado. Más aun cuando le habló en español y le dijo que había nacido en Argentina, en el barrio de la Boca.

Le Benard habla en castellano

Le Benard era un poliglota innato. Ya de niño construía alfabetos y hablaba varios idiomas. El castellano lo conocía por haber nacido en Argentina, donde vivió hasta los cinco años, por amar las letras del tango y, esencialmente, porque tenía una memoria prodigiosa. Al igual que había hecho Freud cuando aprendió la lengua castellana solo para leer el Quijote, Le Benard decidió practicar su español leyendo *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, una obra que lo marcaría para el resto de su vida, penetrando incluso en lugares tan profundos de su alma que ni siquiera él mismo sabía que existía.

El joven y entusiasta Le Benard admiraba al recientemente llegado cantor argentino, y después de intercambiar con algunas palabras en español quedó tan impresionado con su forma de hablar el porteño que lo invita a su mesa a compartir una botella de champagne. A Le Benard todavía le quedaban algunos retazos en su memoria de la época en que vivió en Argentina y escuchar al zorzal cantar en español, y con la fuerza de esa garganta, con la musicalidad de esa voz tan prodigiosa y esa tonada tan singular, quedó maravillado. Eso sí que era de otro mundo. Tan grande era la fama que en aquella época había alcanzado Gardel en Francia, que le escribe a Razzano:

“La venta de mis discos en París es fantástica; en tres meses se han vendido setenta mil. Bing Crosby, Charles Chaplin, Enrico Caruso, y hasta los muchachos de la Contracultura como el joven Le Benard se deleitan con canciones como *Mi noche triste*, *Volver* y *No habrá más penas ni olvido*”.

Le Benard conoce a Hitler

Poco tiempo después, Labougle organiza un asado en la embajada al que asiste el propio Adolfo Hitler acompañado de sus principales colaboradores: Goering, Goebbels, Himmler y Speer, entre otros. El fñhrer quedó maravillado con la calidad de la carne argentina. Incluso le llamó la atención la manera pausada de asar las carnes. Bianco quería impresionar a su amigo “el francés”, como llamaba al joven Le Benard, y para ello lo invita al convite donde tendrá la oportunidad de conocer personalmente al candidato que iniciaba su marcha meteórica hacia la cancillería del Reich. Le Benard se sentía atraído irresistiblemente por el tango argentino y ahora se sumaba a esa fascinación el descubrimiento de este dirigente alemán que, según decían, venía a reflotar los sueños de una nueva Europa. Se trataba de un hombre misterioso, pero sin lugar a dudas dueño de un magnetismo arrollador. El joven intelectual no tardó en aceptar la idea compartida por los muchachos de la orquesta y, muy especialmente por la mayoría de los alemanes, de que el político en cuestión al que presentaban como una suerte de salvador era nada menos que el hombre que venía a redimir al pueblo alemán después de ser derrotado en la Primera Guerra Mundial.

A Le Benard le encantaba el tango “Plegaria” de Bianco, una de las piezas más famosas del violinista argentino que a pesar de que la letra era mala y convencional, él creía que su ritmo lúgubre le imprimía un gran poder emocional. Conociendo la solemnidad de los alemanes, Le Benard pensó que el tango era ideal para que suene durante la sobremesa y quizás así pudiera despertar la atención de Hitler, el invitado de honor. Entonces le insistió a Bianco para que la orquesta lo interpretara, y aunque los alemanes ignoraron la letra porque no sabían español, a Hitler le gustó. Pero le gustó tanto el tono solemne de la música que incluso solicitó que la interpretaran otra vez. Goebbels llamó a Le Benard y le dijo al oído:

—“Yo sabía que Adolfo era un sentimental. Pero usted no lo conoce. ¿Cómo diablos lo supo?”.

Hermann Goering invita a Le Benard a la opera

En aquel famoso asado organizado por Bianco en el que asistió Adolf Hitler y varios de sus colaboradores contó con la presencia de Hermann Goering, un gran amante de la música clásica. El comandante en jefe de la *Lufwaffe* se pasó toda la cena hablando maravillas de la Ópera de Berlín, sin duda la más importante de Alemania. Así que dos días después, el 2 de febrero de 1933, aprovechando los festejos de la asunción de Hitler al poder y en presencia de varios visitantes, Goering invitó a Le Benard a participar junto al general Juan Pistarini y varios músicos de la orquesta de Bianco de una noche de Ópera en el bulevar más tradicional y conocido de Berlín, la *Staatsoper Unter den Linden*, también conocido como “*Lindenoper*” por los tilos del bulevar donde está emplazado. Al terminar la función, todos los invitados siguieron a Goering en el tradicional saludo nazi que hizo con su mano derecha, pero el único que no hizo el saludo en

falange fue Le Benard. Bianco y el general Pistarini quedaron impresionados ante semejante osadía y al salir del teatro se acercaron al letrado y le preguntaron por qué no saludaba a la usanza nazi. Le Benard simplemente los miró con displicencia y les dijo que no era necesario, que Goering lo sabía un excelente amigo de Alemania y que ello bastaba. El letrado francés odiaba el servilismo bovino, y por supuesto a los obsecuentes que para congraciarse con los que tenían el poder levantaban el brazo mecánicamente. La innegociable rebeldía de Le Benard era uno de los rasgos que lo diferenciaba de los típicos lame botas que simpatizaban con los alemanes. Por esa razón, aun sabiendo que los nazis eran muy susceptibles a esos detalles, especialmente con relación al saludo en falange, y que distinguirse por romper el protocolo podía ocasionarle problemas, se aferró terca y valientemente a su convicción y no se movió un milímetro de su postura.

Heidegger une a Le Benard al partido nazi

El primero de mayo de 1933, Heidegger se une al partido oficialmente ganándose la gratitud de aquellos que deseaban que Hitler tuviera éxito. El flamante adepto al nazismo quería sumar intelectuales de talla al Partido y Le Benard era un pensador agudo, profundo, con ideas novedosas, ideal para colaborar en la conducción de la revolución y la gesta del espíritu nazi.

Hacia el final del mes de abril, después de que el rector de la universidad de Friburgo renunciara a su cargo como protesta a estas medidas, Heidegger presenta su candidatura y sorprende a todos al ser elegido por casi la unanimidad de los votos del cuerpo de mandatarios de la universidad. Una semana después envía un telegrama a Le Benard invitándolo para que asista al discurso inaugural que dará como rector y que pronunciaría en el *hall* principal de la universidad, a sala colmada, y decorado especialmente para la ocasión con banderas con la cruz esvástica.

El telegrama decía:

“Estimado amigo Jean, lo quiero en Alemania dentro de una semana. Deseo que asista al discurso de apertura que daré en la Universidad con motivo de mi nombramiento para el cargo de rector”.

Desde un principio Le Benard dudó en asistir al evento y “estar-ahí”, ser parte de la gesta. Él sabía el discreto fanatismo que Heidegger profesaba por el *führer* y eso era algo que despertaba muchas de sus dudas. Sin embargo, la profunda admiración que sentía por el pensamiento filosófico de su amigo Martín, especialmente por su famoso *Dasein* (“ser-ahí”) era tan fuerte que le restó importancia a aquella sutil exaltación por la causa nazi. La fascinación que profesaba por el autor de *Ser y tiempo* llevó al intelectual francés a creer que todo cuanto dijera sobre la política del líder del nazismo se hallaba fundamentado sobre las bases de su aguda percepción de la realidad y la ética del ser del Nuevo Hombre europeo. Así que no veía con malos ojos las aspiraciones políticas de Heidegger, sino más bien como una oportunidad para hacer realidad la

reconstrucción filosófica del nuevo ser alemán. Aquel viejo sueño germano de convertir al hombre en el superhombre nietzscheano del que hablaba Zaratustra parecía estar a punto de nacer, ahora, con el despertar de la nueva Europa, y él, el gran Le Benard, podía formar parte de todo aquello ensanchando el horizonte de la nueva ciencia de la Lektología o, como empezó a llamarla entonces, el arte de saber “leer-ahí”.

De pronto la sala se llenó de nazis y Heidegger, con mucha discreción, le dio un codazo a Le Benard y susurró:

—¿Vamos, Jean? ¡Tenemos que ponernos la insignia del partido ahora mismo!

Heidegger le regala un libro a Le Benard

En aquellas fechas Heidegger le regala un libro a Le Benard. El ejemplar cuenta con una dedicatoria muy especial que decía:

“A mi buen amigo J. Le Benard y su encantadora familia,
en recuerdo del 3 de mayo de 1933.
Con amistad”,
M. Heidegger.

Cuando Le Benard rompió el envoltorio del regalo quedó estupefacto al ver que se trataba de un viejo libro sobre Hermann Goering. Pero su asombro no tuvo límites cuando leyó el libro y quedó profundamente horrorizado por las ideas demenciales que amparaba en aquellos oscuros años de guerra el pérfido jerarca alemán. Le Benard no podía creer que aquel luminoso ser humano que tenía por amigo, aquel erudito de extraordinaria inteligencia, cuyo pensamiento admiraba entrañablemente pudiera obsequiarle algo tan espantoso como aquello. Se mencionaba allí incluso a los “*Untermenschen*” (seres sub-humanos), los seres que deben ser exterminados luego de recibir tratos aún más bárbaros que el de estándar histórico.

Pero en aquel entonces Le Benard no vio nada de todo eso ya que su fascinación por el pensador alemán lo tenía totalmente enceguecido y creyó –o quiso creer– que el macabro libro se trataba de una de sus tantas ironías, restándole importancia. Tiempo después, cuando sus ojos se abrieron a la verdad se preguntaría: ¿por qué no quise verlo? Entonces entendió lo que su mente se negaba a aceptar, que algunos hombres tenían capacidad para desarrollar la maldad, y otros, como él, para no verla.

Una semana después Le Benard le contesta la carta, pero usando un sarcasmo al más puro estilo lebenardiano:

Estimado Martin. Sabrás disculpar el tenor de estas palabras pero me siento en la obligación moral de tener que expresarlas pese al cariño que mi corazón profesa por ti y por nuestra amistad. He descubierto con horror que el holocausto es la calamidad intencionalmente planificada por las mismas acciones humanas – desprovistas ya de toda humanidad- más extraordinaria e irracionalmente salvaje

*jamás vista, jamás imaginada por ningún ser humano, que se precie de ser verdaderamente humano. Porque debo decirlo, ese hombre al que tú idolatras en secreto como a un dios redivivo es, a estas alturas, “demasiado inhumano para ser humano”. 5**

Le Benard sabía que Heidegger idolatraba a Hitler al igual que a muchos de sus secuaces intelectuales y sabía también que gran parte de su adoración tenía sus raíces en el desprecio racial que compartía con todos ellos. Así mismo pudo vislumbrar que algunos principios de su filosofía estaban en armonía con los fundamentos principales de la ideología nazi, o al revés. Creyendo seriamente que la autenticidad que tenía la fuerza del individualismo, impulsada por el nazismo, no era otra cosa que la realización de su propia teoría.

El enorme narcisismo de Heidegger creado sobre su persona por la fuerza y la hondura de su pensamiento filosófico lo llevó a creer que Hitler dependía de él, de su conocimiento, de su mirada sobre el mundo, pues el líder alemán, en tanto divino devenido en mortal, no estaba exento de cometer errores –propio de los humanos- y necesitar de su presencia como guía o como líder espiritual del movimiento.

En su megalomanía, Heidegger se pensaba a sí mismo como el garante de la verdad de Hitler, el hombre que venía a potenciar con su *Dasein* la grandeza del nazismo. Él mismo era la encarnación de su *Da-sein*. Todo su ser estaba puesto “ahí”, en la esencia del pensamiento nazi, ya que él en su condición de rey filósofo, en la corte del nuevo régimen de los divinos, era quien debía “estar haciendo algo ahí”, como expresa el uso del gerundio en latín. Él creía que Alemania podía ser revitalizada bajo la fuerza redentora del pensamiento nazi y transformar Europa en el nuevo Edén de la humanidad.

Le Benard consigue el libro de Doña Petrona

Todo el mundo sabe que los franceses son los reyes indiscutidos de la gastronomía, y en opinión del propio Le Benard, no había nada más elevado en excelencia que la cocina de *Le Cordón Bleu*, la escuela de Antonia, su cocinera italiana, pese a ello y muy a su pesar –confesado por él mismo- su opinión cambió rotundamente cuando tuvo la oportunidad de probar el famoso “asado argentino”. Su paladar francés educado en los menús más exóticos de la cocina francesa jamás había probado nada más delicioso que un trozo de carne a la parrilla, cocida y bien jugosa, acompañada de un buen “tintillo” –como le decían los muchachos de la orquesta- al mejor estilo criollo. Naturalmente, nada podía competir con la carne vacuna asada por lo que debió reconocer la superioridad de la cocina porteña en relación al afamado instituto culinario de dónde provenía la cocinera que le preparaba sus majares.

Ahora bien, Argentina –su amada tierra natal- volvía a estar en el centro de sus pensamientos ya que por aquel entonces había una destacada cocinera televisiva, oriunda de la capital santiagueña, que comenzaba a incursionar en los medios de radio donde tenía una participación diaria, su nombre era Doña Petrona C. de

Gandulfo. Le Benard escuchó la emisión en el programa de radio Excélsor y radio El Mundo, por el canal de un radio aficionado amigo de uno de los músicos de Bianco, y quedó encantado con sus secretos culinarios. Su amistad con Gardel, con Bianco y los muchachos de la orquesta le había despertado una gran curiosidad por todo lo relacionado con la cultura de los argentinos y ahora estaba muy entusiasmado con la posibilidad de degustar los deliciosos platillos de la famosa cocinera.

En 1933 se edita su revolucionaria enciclopedia de cocina con más de 500 páginas conocido como “El Libro de doña Petrona” y cuando se Le Benard se enteró de la existencia y difusión del libro, con su éxito arrollador, comprende que está en presencia de la “Biblia de la Cocina Argentina”. Enterado de los consejos que incluía para la mujer moderna de aquel entonces, como eran las tareas para el hogar y las tareas de mantenimiento de la cocina intentó convencer a Antonia para que viajara a Buenos Aires a estudiar con la especialista. Su idea era que aprendiera el arte de “cocinar a lo porteño”, pero Antonia no quería estar lejos de sus hijos así que Le Benard tuvo que conformarse con que ella obtuviera las recetas del gran libro, ya que por intermedio de un conocido que trabajaba en el consulado argentino, consiguió hacerse de un ejemplar de la exitosa cocinera. Así fue como delicado sibarita persuadió a su experta cocinera para que cambiara sus típicos platillos franceses por las famosas recetas de Doña Petrona. 6*.

Ambar, su gran amor

La dulce y encantadora joven barbirroja, Amber Elise Kristin von Leet, había nacido en una familia culta y refinada y era la única hija de un matrimonio de madre francesa y padre alemán. Su padre era Hugo Fedor von Leet, un músico de orquesta poco conocido a diferencia de su hermano mayor, el reconocido profesor Walter Günther von Leet, experto en dinosaurios, devenido en acérrimo enemigo del Dr. Le Benard. Su madre era Dominique Lorette de Dillon, la típica ama de casa francesa, elegante y con estilo, descendiente de Thérèse-Lucy de Dillon, la famosa cortesana que sirvió como dama de compañía de la reina María Antonieta. Amber era una niña despierta y sumamente inteligente. Dotada de grandes encantos y una belleza proverbial heredada de su madre. De su padre heredó la templanza y el talento para la música. “Ambar”, como la llamaba su padre, nació en Amberes, una ciudad de Bélgica, antiguamente conocida como Antuerpia, en un barrio a orillas del río Escalda. Su madre era una enamorada de la ciudad y en honor a ella le puso Amber, un hermoso nombre de origen francés que significa “joya”, pero su padre, deslumbrado por el color de su piel que –según decía– “brillaba tanto como el oro” empezó a llamarla “Ámbar”, como el nombre de la gema semipreciosa hecha de resina de árbol fosilizada.

Ambar tenía una belleza natural y así se mostraba siempre, sin maquillaje, a cara lavada. Odiaba todo lo que era artificioso, todo lo que no la hiciera sentirse ella misma. Lo primero que aprendió en la escuela es que la gente de la realeza como el rey Luis XIV y María Antonieta eran gurús de la belleza que usaban pelucas y mucho maquillaje, y desde entonces decidió que no quería convertirse como esos

personajes de la nobleza frívolos y superficiales. Ella era una chica sencilla y muy natural. Usaba poco maquillaje y acostumbraba a llevar sus brillantes bucles rojizos como quedaban después de salir de la ducha. Y allí radicaba el secreto de su encanto, en mostrarse como era: natural, espontánea y llena de vida. La joven y encantadora muchacha era alta, esbelta y muy elegante, y sin embargo su estilo no congeniaba con la típica francesa melancólica, de cara blanca y lánguido cuerpo. Con sus ojos pardos, su cara aceitunada y cabello pelirrojo Ambar era una niña dueña de una belleza exótica sin par. La llamaban la “niña de oro” por el color de su piel, y por ese rasgo distintivo su sola presencia despertaba a su alrededor un gran magnetismo. Tenía facilidad para comunicarse con los otros chicos, y por su carisma e incipiente histrionismo, sus padres decían que de grande sería una gran actriz.

Su relación con Ambar

Por ese entonces Le Benard ya estaba muy impregnado de la filosofía de su amigo Heidegger y comprendió que ese “encontrarse-en-el-mundo” y estar “uno junto al otro” era la expresión más fáctica del Dasein de cada uno de ellos en cuanto a su habitar dentro del mundo. Una manifestación del ser, del ser auténtico, el ser “nacido para amar” y “nacido para ser amado”. En su relación con los demás entes descubre que su forma de amar era también un modo de ser del Dasein y representaba su forma de ser abierto al mundo y abierto al ser amado. Los días pasaban y a Le Benard le encantaba contemplar los atardeceres desde el Puente Nuevo, su puente preferido, porque desde allí –según él- podían verse los mejores atardeceres del mundo, pero claro, esto era así sólo cuando estaba con ella. Él amaba ver el crepúsculo al lado de su enamorada, porque podía recitarle a la luz de la luna sonetos de su propia autoría, pero también porque podía ver la rojiza tonalidad del cielo fundida con el color de sus cabellos. Cuando el sol desaparecía detrás del horizonte y el cielo perdía su habitual tono azulado, él asociaba el pálido rostro de Ambar con esa tenue luminosidad, ligeramente carminosa, que los pintores renacentistas sabían imprimirle a los rostros de las madonas.

Le Benard era un enamorado del río Sena. Él sabía que ese río era el corazón de la vida. Por él hablaba el amor. Y cuando su vida encontró finalmente su curso natural el mundo se volvió más bello para él. Más real.

El amor de Ambar operaba en Jean le Benard como un bálsamo capaz de curar sus heridas y devolverle el corazón. Ella aparece ante sus joviales ojos azules como una doncella salida de las páginas de un libro de cuentos. Cuando estaba con su princesa retrocedía a la niñez y hacía cosas de un jovenzuelo de las que después se arrepentía: saltaba, gritaba, reía, hacía muecas, compraba globos... A pesar de la diferencia de edad eran tal para cual. La gente los amaba. Parecían dos rayos de sol bailando en una nube de felicidad. La gente los veía y decía: “Ahí va el criptógrafo loco con su risueña novia”. Enamorarse no estaba en los cálculos de Le Benard, pero sucedió. La bella adolescente pasó a ser de la noche a la mañana la niña de sus sueños y desvelos, la piedra angular de sus ganas de vivir. Con Ambar la vida era mucho más bella, mucho más amable. Con ella se sentía

vivo, especialmente cuando le sonreía, porque su sonrisa risueña y cautivante iluminaba el sentido de su existencia, es decir, su manera de “estar en el mundo”.

Compra un castillo para su novia

Para mediados de septiembre de 1939 el Dr. Le Benard estaba tan enamorado de su joven princesa que decide convertirla en su reina y hacerla para siempre el centro de su vida. Y para ello se lanza a la búsqueda de un nuevo nido en el que pudieran vivir juntos su sueño de amor.

En los últimos años había pasado por momentos de grandes sufrimientos y ahora que había descubierto nuevamente el amor, por lo cual estaba dispuesto a vivir cada minuto de su tiempo como si fuera el último minuto de su vida. Decide entonces hacer una locura de amor de dimensiones espectaculares. Gracias a los recursos económicos recientemente adquiridos con el gran éxito de los Tigres son Azules, decide invertir parte de su inmensa fortuna en la compra de “un nido de amor”.

El refugio secreto era un regalo para su dulce Ambar y se hallaba en las afueras de París: se trataba de un antiguo castillo medieval emplazado en la cumbre de un acantilado que en honor a su nombre decidió llamar “*Ambarchateau*”. Sin embargo no todo el mundo se alegraba con el gran momento que estaba pasando Le Benard y muchos de los científicos disidentes a su pensamiento, los que lo habían atacado cuando publicó *La vida es escritura* vieron en esa adquisición una verdadera expresión de su megalomanía. Pero él había trabajado duramente para llegar a vivir de esa manera y no escuchaba a nadie más que a su corazón. Y se deleitó entonces pensando que había construido ese castillo con las piedras que le tiraron para verlo caer.

Por otra parte, él conocía muy bien la vieja historia de aquel señor feudal que, temiendo que alguien pudiera matarlo para robarle su inmensa fortuna se hizo construir un fabuloso castillo alejado de la ciudad (único lugar donde creía que iba a estar seguro y protegido de sus enemigos), con altísimas murallas, torres sobre torres y lagos poblados de cocodrilos, y, por esas ironías de la vida, terminó muerto en su alcoba mientras dormía plácidamente envenenado por su propia esposa. Pero nada de lo que pudiera ocurrirle después le importó a Le Benard a la hora de hacer de su princesa el motor de su vida. Y para hacerla sentirse una reina, por supuesto, tenía que ofrecerle un castillo. Aunque él no compró un castillo solamente para convertir a Ambar en su reina, lo compro también para convertirse en rey –metafóricamente hablando-, ya que esta vez estaba decidido a que sean sus sentimientos los que gobiernen en su vida y no el poder de su arrogante y soberano ego.

Los nazis toman el castillo de Le Benard

El 14 de junio de 1940 las tropas alemanas hicieron su entrada triunfal en París. Una semana después, carros blindados invasores ya habían cercado el castillo de

Jean Le Benard en las afueras de la ciudad, tomando la antigua fortaleza como base de operaciones.

A las pocas semanas de haber entrado en la ciudad luz, los alemanes tomaron posesión de su vieja fortaleza e hicieron prisioneros a todos los que vivían en el lugar: cocineros, jardineros, personal de limpieza y, por supuesto, al escueto y selecto grupo de discípulos que trabajaban con el doctor. Cuando las autoridades militares alemanas se enteraron de que el propietario del castillo era el famoso genio de la criptografía, decidieron confiscar la propiedad para ser utilizada como centro de operaciones. Sin embargo no pasó mucho tiempo para que los alemanes descubrieran que tenían en su poder al hombre de letras más codiciado por los centros de la Inteligencia aliada y entendieran que en la guerra secreta de información, el Dr. Le Benard podía desarrollar un papel preponderante. Así, humillado y despojado de todos sus derechos, el genio de la criptografía fue recluido inmediatamente en su propio castillo y obligado a trabajar para los nazis. Como si hubiese sido el producto de una macabra pesadilla, el extravagante criptógrafo de 41 años se convirtió de la noche a la mañana en el francés más valioso para los agentes de la Inteligencia alemana que buscaban una solución al problema de la guerra de mensajes cifrados. Por aquellos días, Le Benard vivía bajo arresto domiciliario y raras veces se le permitía trasponer el umbral de la vieja fortaleza. Sin embargo, dentro del castillo y como parte de las actividades de su Escuela, el doctor tenía libertad para hacer lo que quisiera: para ver a sus discípulos, continuar con sus clases, sus estudios e investigaciones y seguir con el estilo de vida lujoso y acomodado al que estaba acostumbrado a llevar antes de que la intrusión militar lo despojara casi hasta del apellido. Repentinamente, el genio más grande que tenía el arte de la decodificación se encontró trabajando en forma clandestina para el ejército que había desbastado a su país, realizando tareas de espionaje al descifrar los mensajes encriptados que interceptaban de los aliados.

El descubrimiento del “hueso” de Dragón

El sábado 9 de septiembre de 1899 (fecha en la que coincidentemente llegaría al mundo el Dr. Le Benard) apareció en el diario La Nación un artículo que puso en vilo a la comunidad científica del mundo con un hallazgo sorprendente: un misterioso fósil fue hallado en la provincia de Henan, China, escrito con extraños caracteres. El controvertido “hueso” sería la prueba contundente de que el fabuloso reptil de los orientales –creído mitológico- habría existido realmente antes que los primeros dinosaurios.

“Los exóticos pictogramas de origen incierto, junto a su compleja estructura gramatical, hablan de una escritura tan remota que no podemos fechar un estrato en menos de 6000 años de antigüedad. No me extrañaría que el fósil `mitológico` sea la página de un antiquísimo libro”.

LUO ZHENYU, Arqueólogo, especialista en culturas antiguas

“La antigüedad del fósil no está en discusión, aunque resulta casi imposible fecharlo con exactitud sin disponer de los medios tecnológicos adecuados. Aun así estimamos que podría tener más de **350 millones de años.**”



Le Benard, François (1900). *La Verité Sur L’Affaire Dragon* (BRUXELLES imprimerie veuve monnom, París).

El hueso de “dragón” con sus *millénaire pictogrammes* que, según los paleontólogos, era “espectacular”, aseguraron que era un resto del reptil más antiguo del mundo. Por esa razón, entre otras, los investigadores prefirieron esperar antes de bautizar al Dragón de Anchiang como el verdadero antecesor de los dinosaurios.

Con respecto a este hallazgo arqueológico se publicaron varios libros. Señalamos especialmente dos obras en italiano de Bruno La Grutta [7*](#), una con el título en español “Benardosaurio y el misterio del criptógrafo francés”, Ed. Diana, México, 1982) [7-](#). Y la otra “El hueso de Madame Dragón”, Ed. Kier, Buenos Aires, 1980).

8-



Un dinosaurio llamado Dragón

Los expertos analizaron el hueso junto con el de varios dinosaurios y parece no corresponder a ninguno de ellos. “Al principio creíamos que el fósil pertenecía al grupo de los **prosaurópodos**, por lo que podía ser el ancestro directo de los dinosaurios más grandes y fuertes, los **saurópodos**, pero ahora sabemos que este hallazgo es mucho más antiguo e increíble aun”. Dijo Andrew Stevenson, miembro del equipo de Le Benard, profesor asociado de geología de la Universidad de California. “Ahora podemos decir con total certeza que el hueso hallado no es de ninguno de los animales prehistóricos conocidos. Según los resultados que han arrojado los análisis, el fósil posee todas las características de aquel reptil cuya existencia se creía mitológica”.

Muy bien preservado

“El fósil está muy bien preservado. Muestra un nivel de detalle superior a todo lo que se ha visto hasta ahora” –Dijo André Eustache- “El buen estado de conservación es uno de los puntos más destacados: ofrece una visión **anterior** al comienzo de la era de los dinosaurios, del período Triásico Medio al superior, que ha sido poco investigado”.

Gracias a las pruebas de carbono 14 se ha descubierto que la escritura grabada sobre el hueso fue realizada con la aplicación de una punta metálica calentada al rojo. Sin embargo, los investigadores están asombrados por la presencia de **extrañas fisuras** que, según los análisis, **no tendrían nada de accidental**. Todos los resultados indican que los signos escritos a mano son posteriores a las fisuras.

Un mítico libro de la Iluminación

El jefe del equipo de investigación, el Dr. François Le Benard, convocó al renombrado arqueólogo Chino Luo Zhenyu, especialista en culturas antiguas para desentrañar el misterio. Zhenyu cree que se ha hallado en el hueso de dragón **la piedra fundamental de la escritura**. El experto en lenguas antiguas piensa firmemente que los extraños signos rúnicos forman parte de un extenso **poema sobre la Iluminación**, y que el hueso es sólo un fragmento de la sagrada obra literaria escrita en la mítica **lengua de los dioses**. Después de una larga y exhaustiva labor de investigación, Zhenyu, en colaboración con los miembros del equipo de Le Benard, estudiaron el enigmático hueso y fecharon las inscripciones del fósil en el año **4000 a.C.** En un principio se creía que los extraños caracteres del hueso pertenecían al reino de la mítica dinastía Shang (ubicada entre los siglos XVIII y XI a. C.) la cual marca la entrada de la China en la Edad de Bronce, pero el experto filólogo oriental desestimó esa teoría por considerar que la “sagrada escritura” no tiene parangón con ninguna lengua conocida, ni siquiera con la sumeria. Dijo: “Los exóticos pictogramas de origen incierto junto a su compleja estructura gramatical hablan de una escritura tan remota que no podemos fechar un estrato en menos de **6000 años de antigüedad**”.

“Se puede saber mucho analizando, con profundidad, los signos que componen la escritura del hueso —explicó el profesor Françoise en una nota para el *Fígaro*—. Avanzamos dentro de un territorio geográfico e histórico desconocido aunque hemos logrado hallar una de las piezas clave que faltaba para desentrañar el milenarismo origen de la escritura y del lenguaje”. Y añadió: **“No me extrañaría que el fósil `mitológico` sea la página de un antiquísimo libro”**.

Le Benard y el caso del Hueso de Dragón

La noticia de la desaparición del Hueso de Dragón llegó rápidamente al otro lado del mundo y con repercusiones catastróficas para el Gobierno de Francia. El presidente Albert Lebrun, en relaciones diplomáticas con el Gobierno Nacionalista chino, envió un comunicado al comisario general del Gobierno Francés, Edmond Labbé, que explicaba la gravedad del caso:

PRIORIDAD. LÍNEA SECRETA.

Urgente.

Clasificación: absoluto secreto.

“He recibido un asunto grave del señor Embajador de la República de China. Acuda inmediatamente. Brinde cooperación. Discreción absoluta”.

—Presidente *Lebrun*

El señor comisario Edmond Labbé se apersonó inmediatamente en las oficinas del museo Cernuschi y extendió al representante del gobierno chino allí presente sus más sinceras disculpas por tan desafortunado incidente, reconociendo que su país se hallaba ahora en una situación “delicada” con el gobierno de China. También le explicó que la tarea de recuperar el fósil llevaría su tiempo, pero que pondría todo su empeño para realizar la tarea. El Dr. Le Benard tenía un cocinero de origen oriental llamado Michel de Huang ti quien le enseñó defensa personal y a hablar el idioma chino, aunque nunca consiguió dominarlo completamente, razón por la cual fue convocado por Henry Cernuschi para oficiar de traductor en el mencionado encuentro. Por su intermedio, las palabras del embajador Huang Han, en París, llegaron a oídos del comisario Edmond Labbé con un inusitado tono de reproche. El embajador Huang Han habló con Michael de Huang ti y, por su intermedio, dijo que con disculpas no sustituirían la invaluable reliquia. Y recordó que cuando “Madame Dragón” autorizó el traslado del hueso para su exhibición en París el gobierno francés garantizó seguridad absoluta, y fracasó. El embajador chino se dirigió al comisario Lebbé, y en un mandarín afrancesado, le dijo:

—“*Monsieur Labbé*, “Madame Eterna” es una mujer gentil, caritativa y extremadamente generosa, pero créame que también es una mujer poderosa y con un carácter de hierro. Su voz de pájaro es la voz de China en el resto del

mundo. Le aseguro que no solo exigirá que se repare el daño provocado por su gobierno, sino también que el presidente Lebrun se disculpe con ella públicamente”.

El honorable señor Huang Han, embajador de la nación más comentada en esos días, expresó a la comitiva del gobierno y a los directivos del museo allí presentes que “Madame Dragón”, la esposa del presidente chino, por intermedio de la secretaria general de la Comisión China de Asuntos Culturales había enviado un comunicado sosteniendo que no se detendría hasta obtener la más grandiosa obra de arte que el mundo haya visto jamás. Y explicó que el pequeño museo que tenía en su palacio era único en la historia, especialmente por el ajuar que lucía en el pabellón central de su lujoso aposento. Los amantes del arte antiguo chino visitaban el palacete diariamente mientras ella intentaba resguardar para la humanidad algo en verdad extraordinario, algo muy personal, algo que exhibía como un tesoro en un lugar especial de sus habitaciones privadas. Así es que China no compartiría con nadie el Hueso del Dragón.

Desafortunadamente, el cable que había llegado esa misma mañana procedente de Shanghái representaba una firme amenaza para el gobierno de Francia. Como lo había anunciado ya el cónsul chino, la propia Madame Chiang Kai-chek exigía que se pagara un millón de dólares en resarcimiento para garantizar la seguridad de los franceses en China. El propio embajador Huang Han creía que en realidad esa pérdida no tenía precio, que un millón de dólares era una ridícula suma y que la vida de unas cuantas familias de franceses era poca cosa comparada con el hueso sagrado.

El cónsul chino, visiblemente ofendido por la pérdida de la reliquia y el agravio que significaba esto para su cultura milenaria, le hizo enviar al Comisario general del Gobierno un telegrama al presidente Albert Lebrun, notificándole el hecho de su demanda. Pero el presidente francés, en un telegrama anterior, ya había dejado en claro que debían tomarse todas las precauciones posibles para calmar al cónsul chino, y que debían tratar de recobrar el mencionado hueso, y había sido explícito al decir que no permitirían recibir amenazas ni aceptarían extorsiones de ninguna naturaleza. Cuando el gobierno del señor Huang Han recibió el telegrama del presidente francés pensó que insultaba a sus ministros al tomar como un vulgar acto de “extorción” a su justa reclamación y, por intermedio de su asesor en cargo, hizo enviar un telegrama a su primer ministro, Cheung Zhang, en Shanghái (mano derecha de Madame Dragón), en el que decía que la visita a París quedaba cancelada, exigiendo la inmediata ruptura de relaciones diplomáticas. El embajador chino Huang Han cerró la reunión con un ultimátum:

—“Si en tres días no aparece el hueso de dragón, en el mismo estado en el que ha sido entregado a las autoridades consulares de este país, los franceses en China serán tomados como rehenes”.

El retrato de Ambar

A comienzos de 1937 Le Benard conoce al gran pintor francés, Jean-Gabriel Domergue, quien había nacido en el mismo año que él, pero en Burdeos. Un año después, Jean-Gabriel Domergue –quien comenzaba a pertenecer a esa generación de artistas que ayudaron a hacer de París la capital mundial de las artes- realiza una composición en la que ofrece a una mujer joven desnuda para la campaña de la nueva fragancia *de la hada* de Rigaud. Durante ese año, también es convocado para convertirse en un miembro del jurado para la elección de Miss Francia.

Ya desde 1920 el pintor se hallaba concentrado en los retratos, sosteniendo que era el auténtico inventor de la “pin-up” ^{8*}, y para 1939, mientras hacía el cartel del primer Festival Internacional de Cine de Cannes, Le Benard se hallaba profundamente atraído por sus sofisticados, alegres y esencialmente femeninos retratos de mujeres, y lo invita a cenar a su castillo para hablarle del interés que tenía en que hiciera un retrato de su bella novia.

Domergue, por su parte, quien por entonces admiraba el genio del famoso letrado, ya hacía tiempo que buscaba ser parte de su círculo y, como resultado de la negociación del contrato por la obra, decidió no cobrarle por el trabajo a cambio de poder entrar en contacto con la espiritualidad lebenardiana y sus novedosas ideas sobre el arte de leer y descifrar textos paradigmáticos. Fue así que luego de que el pintor hiciera que la preciosa Ámbar se consagrara a la posteridad en un magnífico retrato al óleo, conocido como “La Dama Nacarada” (por ser la piel de la muchacha semejante al color del ámbar). Con esta obra el pintor compone el primer retrato con “estilo lebenardiano” y entra así a la secta del doctor, pasando a formar parte de su selecto grupo de discípulos y adoradores.



**“La Dama Naranjada” (1938),
obra de Jean-Gabriel Domergue**

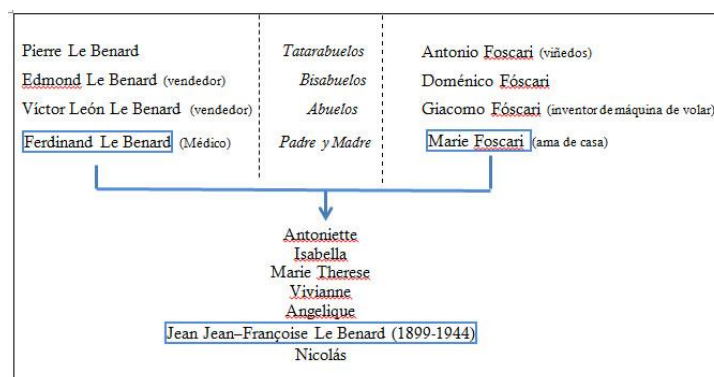
Fue exhibido en el Louvre,
Réunion des Musées Nationaux, París.

El desproporcionadamente largo cuello de la bella barbirroja retratada por Domergue fue sin lugar a dudas el sello propio del pintor. Le Benard insistió en que el artista acentuara su delicado rasgo “de gacela”, que tanto erotismo había

provocado en él cuando la conoció, un rasgo del que se apropió Domergue y que finalmente terminó siendo la vanguardia de la moda de aquella época.

El árbol genealógico de Le Benard

El primero en trazar el historial familiar de los Le Benard es Théophile Dupré, sin dudas uno de sus biógrafos más destacados. En *Ma vie pour Jean Le Benard* (Mi vida por Jean Le Benard), una de sus dos obras más conocidas, Dupré realiza un estudio concienzudo de sus antepasados y descendientes donde logra reconstruir la línea de parentesco sanguíneo del aclamado “personaje literario”.



Cuadro genealógico

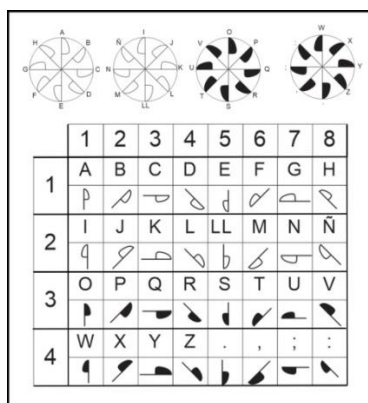
La benargrafía

Cuando tenía siete años se fracturó una pierna. Le Benard diría que pasó mientras jugaba, pero en realidad ocurrió durante una de sus tantas peleas callejeras. En esa época, el tratamiento era poner un yeso y luego estar acostado durante tres meses hasta antes de renovarlo. Le Benard pensó que ése era su fin y que moriría de aburrimiento. Lo único que podía hacer para matar el tiempo era leer libros, pero nunca imaginó que esos libros que tomaba de la biblioteca de su tío Archie pronto le abrirían un impresionante mundo para él. Rodeado de todo tipo de literatura sobre culturas y civilizaciones antiguas, la imaginación del joven Le Benard floreció. Comenzó a interesarse por la arqueología y la egiptología, y a absorber toda información que tuviera que ver con los pueblos de Medio Oriente, su lengua y sus costumbres. Por alguna extraña razón fue deslumbrado por la pictografía egipcia y por la extraña manera en que ellos escribían, y rápidamente se abocó a la ardua tarea de copiar su caligrafía y aprenderla de memoria. A los ocho años ya había desarrollado un dominio extraordinario para las lenguas muertas y era capaz de escribir su nombre y el de toda la familia con jeroglíficos egipcios. ¡Y todo por encontrar diversión! Es inconcebible que un niño de esa edad encontrara algún placer en jugar con esos signos tan complejos y aburridos. No sólo halló divertido el entretenimiento con ese didáctico pasatiempo sino que la magia encontrada en la caligrafía egipcia lo alentó a inventar sus propios

jeroglíficos. A los diez años, inspirado en el libro de cabecera de su padre, ideó un complejo sistema de signos pictográficos y compuso la estructura de una nueva y extraña lengua para comunicarse con sus amigos en secreto; una lengua que denominó: “Benargrafía”.

Orgulloso de su invento, le dijo a uno de sus amigos:

—Guarda esta copia, René. Muy pronto el mundo sabrá de mi existencia y todos acabarán amándome por mi inteligencia.



La “Benargrafía”. Uno de los tantos alfabetos y abecedarios que el joven Jeannie inventó antes de cumplir los siete años.

La vieja casona donde pasó su infancia



Los tejados azules. La casona donde pasó su infancia el joven Le Benard.

Se trata de la vieja y pintoresca casona de techos azules donde vivían los Le Benard antes de mudarse a París. Aquí es donde pasaría la mayor parte de su infancia *Le Jeune Jeannie* “el joven Jeannie”, como le decían en su casa en alusión a su sempiterno espíritu jovial. Algunos autores que estudiaron en profundidad la psicología del polifacético personaje sostienen que esa inquietante

fascinación que tuvo durante toda su vida por el color azul, proviene de su más temprana infancia, especialmente de estos mismos tejados azules de su casa materna que, según parece, el imaginativo Le Benard asociaba con el famoso cuadro de C. Pissarro *Les toits rouges* (Los tejados rojos). Cuando fue llevado al Museo del *Jeu de Paume*, en pleno invierno, y, tomado por su insipiente daltonismo vio por primera vez el lienzo, se auto convenció de que el pintor había retratado allí los tejados “azules” de su casa.

La máquina de escribir del tío Archie

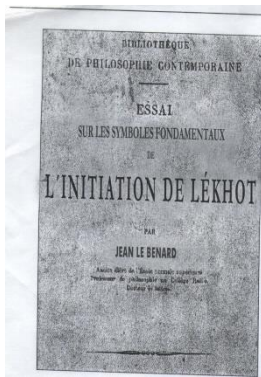
Uno de los legados más preciados que tenía el joven Le Benard en sus años de estudiante era la máquina tipográfica de su tío François. Con ella aprendió dactilografía en una tarde, y cuando tenía apenas cinco años.

La gente de ese París de 1920 ya utilizaba las máquinas de escribir, y si bien joven Jeanne (como le llamaban sus hermanas) todavía seguía atesorando la “Ford” de 1895 de su tío François, con su rejilla de cobre bellamente labrada, aun le encantaba escribir con plumillas de acero. Su preferida era una reluciente pluma de Ibis que le trajo su tío Archie de Egipto. Era hermosa, liviana y cuando se refugiaba en la soledad de su escritorio para escribir, acompañado solo por la luz de la lámpara, la plumilla despuntaba sobre las paredes del aposento destellos coloridos y multiformes.

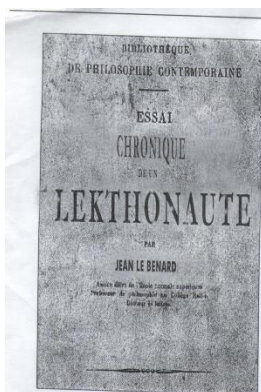


La máquina de escribir Ford, con su reconocida y vistosa rejilla de cobre exquisitamente labrada. Durante los años sesenta fue exhibida en una casa de subastas alemana donde se vendían varias joyas digitales y analógicas exportadas del mercado francés. Su valuación fue estimada en 20.000 dólares.

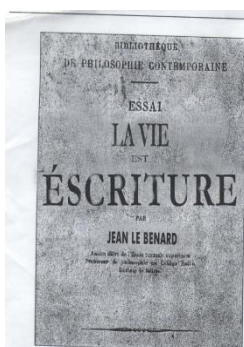
Sus primeras obras en francés



Ensayo sobre **La iniciación de Lekthor**, 1917.

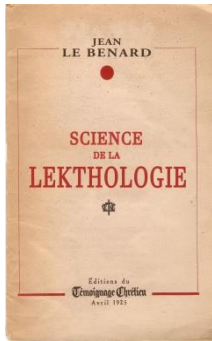


Crónica de un Lekthonauta, de 1918.



La vida es escritura
(*La Vie Écrite*), de 1919.

El filólogo y ensayista francés Jean Le Benard (1899-1944), bajo cuyo influjo ha surgido la escuela Lektográfica sobre el arte de leer, constituye en esta nueva obra un nuevo y revolucionario método de investigación dentro del pensamiento contemporáneo denominado “Lektología”.

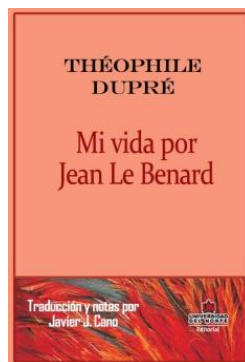


Science de la Lekthologie, 1925,
Éditions du Témoignage
Chrétien, Avril, París, France.

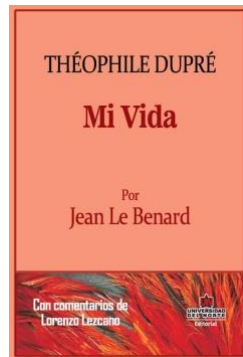
La Ciencia de la Lektología apareció en 1925, publicada en francés (no en latín, como le gustaba a Le Benard editar sus escritos técnicos) junto con Crónica de un Lekthonauta y La iniciación de Lekthor, acompañando las tres a la que sin duda es una de las obras capitales de J. Le Benard, *La Vie Écrite*. Las teorías efectuadas por Jean Le Benard sobre el campo de la lectura han tratado de conseguir la organización de todo un conjunto de conocimientos y de convertir la Lektología en una verdadera ciencia de la lectura.

El caso del autor biografiado que escribe la biografía de su biógrafo

Hay un notable autor francés llamado Théophile Dupré, amigo y secretario del doctor Le Benard que a fines de los años cincuenta publicó dos pequeños volúmenes y un breve estudio sobre la vida de Jean Le Benard donde narra la influencia que ha producido él –el autor biografiado- en la vida del propio biógrafo. El primer tomo lleva por nombre “Mi vida por Jean Le Benard”, y el segundo, “Mi Vida, por Jean Le Benard”.



DUPRÉ, THÉOPHILE: *Ma vie pour Jean Le Benard* (Ed. Dangles, París, 1959) (trad. *Mi vida por Jean Le Benard*, 1996, Editorial “UN” Universidad del Norte, Buenos. Aires, República Argentina).



DUPRÉ, THÉOPHILE: *Ma vie, par Jean Le Benard* (Ed. Ocia, París, 1960) (trad., como *Mi vida, por Jean Le Benard*, 1997, Editorial “UN” Universidad del Norte, Buenos. Aires, República Argentina).

Dupré juega en estas dos obras con el doble sentido implícito en sus títulos haciendo alusión, por un lado, al hecho de que el biógrafo no solo ha dado su vida por el autor biografiado sino que es el mismo Le Benard quien ha logrado aquí escribir la vida de su biógrafo, seguramente al haberse convertido él mismo en el objeto de estudio y de investigación de toda una vida.

Expresiones lebenardianas

En *De Souvenirs d'un cryptographe dévoilé* (Memorias de un criptógrafo desvelado) puede leerse:

—Todo el mundo quiere ser como Jean Le Benard. Incluso yo quiero ser como Jean Le Benard. ¿Querrá Dios también ser como Jean Le Benard?

Cuando después de mucho tiempo Le Benard descubrió la existencia del Holocausto y pudo ver las atrocidades que los nazis estaban cometiendo con los judíos, le confesó a su amigo Laurent Le Goff:

—No sé por qué todavía no he llevado a cabo aquella famosa recomendación de los evangelios.

—¿Cuál? —Preguntó Le Goff—.

—¡Arráncate los ojos! —Contestó él.

En El espanto, el amor y la nada Le Benard revela su temor al desamor de la siguiente forma:

—Si los ojos son la ventana del alma, lo que ahora veo asomado en tu mirada es mi propio rostro afantasmado: la espantosa mueca del espanto que siento ante la nada; ante la muerte; ante la ausencia de tu amor.

Con la conquista de la bella Gabrielle, el joven Jeannie comprendió finalmente que no necesitaba ser una estrella de cine o un galán de televisión para enamorar a la chica de sus sueños. Fue allí que soltó la célebre frase que estigmatizó su legendaria petulancia para siempre:

—“Y pensar que solamente alcanzaba con ser Jean Le Benard”.

Cuando su locuaz y estafalaria amante, Marianna von Karloff, terminó de relatarle el incidente que había sufrido esa mañana, Le Benard percibió que la condesa no sabía mentir convincentemente y, pese a ello, comentó:

—“Es tan ridículo que debe ser verdad”.

Durante el final del discurso inaugural de “El Pabellón del Dragón”, en el Museo Cernuschi, dijo Le Benard:

“Gracias al invaluable legado que nos han dejado los criptogramas del Hueso de Dragón el destino de la humanidad será formidable. Llegará un tiempo en que los hombres del futuro serán capaces de ampliar su visión y mirar hacia su propio interior como jamás lo han hecho. Solo entonces seremos capaces unir la ciencia a la religión y ver la viga en el ojo propio en lugar de la paja en el ojo ajeno”.

Alain Argaud, escritor y diplomático francés dijo de él:

“En cuanto a mi viejo y muy querido amigo Jeannie (“Jeannie Benard”, como le decimos todavía aquellos que lo conocemos de la Escuela Normal Superior), de quien se sabe que admira las letras, el arte y el abolengo, y adora que sus lectores le llamen “el conde de Chateaubenard” —en recuerdo de su admirado ídolo de juventud François-René, vizconde de Chateaubriand- lo considero como un poeta y no como un bizarro, un loco o —peor aún- un charlatán”.

Frases

“Cada vez que me preguntan si soy escritor doy siempre la misma respuesta: ‘solamente me siento escritor cuando me siento a escribir’”.

“Si el oír es en cierto sentido el sentido más elemental y “animal” que posee el hombre, la escucha es el punto de encuentro más refinado entre lo humano y lo espiritual”.

“Un escritor debe pintar con la pluma y un pintor escribir con el pincel”.

“De verdad os digo: nada significa lo importante que soy”.

“No hay soberbia más grande que la de decir “hasta mañana””.

Notas

1*SIR HUGH EDWIN CUNNINGHAM, escritor, esoterista y médico inglés. Educado en el Corpus Christi College de Cambridge. Crítico de varias publicaciones (Time Literary Supplement, Guardian, The Listener, etc). Se graduó de médico en la Universidad de Edimburgo (1895). Nombrado caballero en 1910.

2*BELLAMY, JACQUES (2010). *La vie secrète de jean Le Benard*, cap. VII: *Sur les traces du Dr Beautiful Eyes*, pág. 110.

3*DOUFÓ DELAMARQUÉ es biógrafo, dramaturgo y activista político, experto en Lenguas Antiguas, fue director de cátedra en Investigaciones Lebenardianas en el *Centre National de la Recherche Scientifique* de Francia, ha escrito sobre la anti filosofía del mencionado criptógrafo en *Le Benard, le sophiste*, traducido al español, y otros textos dedicados a la obra del Dr. Le Benard.

4*BAARDSON, JEAN-SÉBASTIEN, *14 Leçons sur la psychologie lebenardiana*, (Biblioteca Nacional, Catálogo II, p 109.) (trad., 14 Lecciones sobre psicología lebenardiana (Ed.Kier, 1970).

Jean-Sébastien Baardson es un eminente médico psiquiatra, psicólogo y ensayista noruego, especializado en el psiquismo de Le Benard. Baardson ha señalado alguna vez, al igual que otros especialistas de la psiquis lebenardiana, que el terror que tenía Le Benard por los cielos azules de Van Gogh fue lo que terminó haciendo del color azul de sus ojos el núcleo delirante más duro de sus posteriores obsesiones, y lo llamó “El ombligo de la locura lebenardiana”. Baardson relaciona al sujeto que contempla los cuervos de la famosa pintura con la figura del augur, el antiguo hechicero que pronostica “la llegada de la lluvia”. Para él Van Gogh, Artaud y Le Benard interpretan el vuelo de los cuervos con la misma mirada frenética y apocalíptica que tiene el esquizofrénico frente a la muerte. En este caso, los ojos del pintor, del poeta y del criptógrafo se fusionan frente a los cielos tormentosos en una sola visión surrealista y apoteósica del fin del mundo, que para cada uno de ellos será la forma de anunciar el fin de su propio mundo. La misma idea catastrófica que veremos luego plasmada y más desarrollada en la tercera obra de la saga lebenardiana creada por Hugo Cuccarese: *El Pasajero de la Lluvia*.

5*.Aquí Le Benard hace un juego de palabras muy irónico por cierto parodiando una famosa obra de Heidegger: “Humano, demasiado humano”. Existe un ensayo de Hugo Cuccarese sobre el bigote de Heidegger (parecido al de Hitler) que lleva por título esa misma expresión utilizada por su personaje: “Demasiado inhumano para se humano.

6*El Libro de Doña Petrona fue traducido a varios idiomas, incluido el ruso, y editado más de cien veces con posterioridad. En aquél momento se convirtió en un éxito total, batiendo récords de venta y superando al propio Borges, Sábato y hasta el Martín Fierro.

7*BRUNO LA GRUTTA, arqueólogo y especialista en criptografía. (Estudió arqueología en L'Università di Cagliari (Italia) y se graduó con el título de *Laurea Magistrale in Archeologia E Storia Dell'Arte*. Fundó la revista *Il Drago* (1956/60). Fue autor, articulista y conferenciante, viajó por Europa y los Estados Unidos difundiendo la sabiduría del Dr. Le Benard aprendida en los pictogramas del resto fósil hallado en china, estableciendo centros para la enseñanza de la Lektografía lebenardiana en las ciudades más importantes del sur de Italia.

8*.Se refiere al movimiento “pin-up” (de pin “pinchar” y up “arriba”, que significa “imágenes colgadas”) que comienza en los años 20 a incorporar los dibujos de pared en las publicaciones de revistas y carteles, aunque esta denominación no fue utilizada sino hasta los comienzos de los años 40’.

Referencias

1-Marchant, Hubert, *La mort suspecte de l'histoire*, (Ed. Charconarc, París, 1997).

2-Bellamy Jacques (2007). *L'histoire de la cryptographe traître* (Ch. Bosse Librairie, París, cap. V, pág., 9. (trad., como La historia del criptógrafo traidor, Ed. Sincronía, Buenos Aires, 2011).

3-Berger, Florián, *Épîtres Lebenardianne, Les trois périodes*: (1920–25); (1925–39); (1939–44), (ed, C. Bouglé y A. Cuvillier, París, 1959).

4-Cunningham, Sir Hugh Edwin (1999.). *The true story of Dr. Le Benard* (Abelard-Schuman Ltd., Londres; (trad., al francés como *L'histoire vraie du Dr. Le Benard*, (ed, C. Bouglé y A. Cuvillier, París, 2001); (trad., en español como La verdadera historia del Dr. Le Benard, (Ed. Gedisa, Buenos Aires, 2008). Consultado el 22 de enero de 2019.

5-Bellamy, Jacques (2013). *La vie secrète de jean Le Benard* (Ch. Bosse Librairie, París, cap. VII: *Sur les traces du Dr Beautiful Eyes*, pág. 110. (trad., como La vida secreta de Jean Le Benard, Ed. Sincronía, Buenos Aires, 2015. Consultado el 21 de junio de 2018.

6-Turcotte, Marcel, *Grands rencontres avec les hommes* (Edición del autor, París, 1950) -publicado post mortem por su ex esposa, Klarissa A. Turcotte- (trad., Encuentros con hombres geniales, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1979).

7-Bruno La Grutta (1949). *Benardhosaurus: il mistero del crittografo francese Giulio* (Einaudi Editore S.p.A., Milán).

8-Bruno La Grutta (1950). *L'os de "Madame Dragon"* (EDITORIALE SCIENZA srl, Roma).